

2017-01-01

# El makech púrpura

Daniela Gonzalez

University of Texas at El Paso, [daniela\\_ga@hotmail.com](mailto:daniela_ga@hotmail.com)

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [English Language and Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Gonzalez, Daniela, "El makech púrpura" (2017). *Open Access Theses & Dissertations*. 461.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/461](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/461)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

EL MAKECH PÚRPURA

DANIELA GONZÁLEZ ARMIJO

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

---

José de Piérola, Ph.D., Chair

---

Daniel Chacón, MFA

---

Lourdes Torres, MA

---

Charles H. Ambler, Ph.D  
Dean of the Graduate School

EL MAKECH PÚRPURA

By

DANIELA GONZÁLEZ ARMIJO, Bachelor of Humanities

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

December 2017

## Índice

Índice.....	iii
Prefacio.....	1
La rusa.....	20
El aliento del diablo.....	35
La Sargenta.....	40
Santo Niño.....	53
Yo sólo bailo.....	62
Los Gabrieles de Sarandí.....	80
El makech púrpura.....	86
Bibliografía.....	101
Vita.....	105

## Prefacio

### La semilla

El origen de *El makech púrpura* es una serie de ejercicios realizados entre enero y mayo de 2016 como parte del curso “El suspenso en la ficción”, estudio independiente que diseñé bajo la asesoría del doctor José de Piérola. Me interesaba explorar la noción de suspenso entendida no como género literario, sino como un elemento inherente al proceso de escritura. El punto de partida, pues, era la idea del suspenso como una sensación de amenaza que atraviesa el relato y que puede, o no, implicar la aparición de hechos violentos. El syllabus, bastante ecléctico, incluyó el análisis de textos de Flannery O’Connor, Gabriel García Márquez, Patricia Highsmith, Felisberto Hernández y Truman Capote, entre otros.

El curso tuvo también una fase práctica, que consistió en seleccionar todos los días una noticia policiaca y escribir una narración basada en ella. A través del curso pude dar cauce a mi interés por la nota roja, que explico desde dos perspectivas. La primera se refiere al mundo de las pasiones humanas que se salen de control, materia prima de casi todas las historias de nota roja. Homicidios, asaltos, robos, suicidios: todo ello conforma un mosaico del crimen por el cual me siento profundamente fascinada. Esta atracción tiene su raíz –y ello es la segunda explicación a mi interés por el tema– en algo que trasciende

la noticia misma. Lo que la nota roja reporta es sólo una pequeñísima muestra en la vida de los actores implicados. Ello me hace imaginar lo que hay detrás del hecho noticioso. Por ejemplo, al hombre que mató a su mujer en un ataque de celos, ¿qué le gustará comer? ¿en qué trabajará, quiénes serán sus amigos? ¿cómo será su casa? Los niños que intentaron robar un banco, ¿van a la escuela? ¿cuáles son sus películas favoritas? ¿tienen hermanos? Es decir: las noticias me sirven como un disparador para completar, con la imaginación, historias de vida. No me interesaba, durante la realización de los ejercicios, trasladar a un cuento lo que originalmente fue nota de diario. Reproducir la misma historia en un formato diferente no tiene sentido para mí. Me gusta tomar la nota como material crudo y operar una transformación en el proceso de escritura. En este sentido, comulgo con la relación que Mario Vargas Llosa establece entre ficción y realidad: el punto de partida es la “realidad real”, que la autora altera durante el proceso de creación de la obra. Es decir, la autora añade algo a esa realidad cruda, a ese material de trabajo. Idealmente, pues, toda obra literaria lleva en sí un *elemento añadido*, lo cual supone una transformación de la realidad. En palabras del autor: “Cada novelista recrea el mundo a su imagen y semejanza, corrige la realidad en función de sus demonios”.<sup>1</sup> Jorge Ibarguengoitia dice algo parecido en la nota preliminar de *Las muertas*, su magnífica novela basada en el caso real de “Las Poquianchis”, dos

---

<sup>1</sup> Cfr. Vargas Llosa, Mario. *La orgía perpetua: “Flaubert y Madame Bovary”*. Barcelona: Taurus, 1975.

hermanas proxenetas y asesinas: “Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios”.<sup>2</sup>

La nota policiaca reporta de manera tremendista un suceso particular en la vida de una persona. Deja de lado –y es que no es su propósito– el universo que la rodea, su cotidianidad, los espacios donde se mueve, las relaciones que mantiene con diferentes personas en diferentes ámbitos. A través de los cuentos de *El makech púrpura*, más que detenerme en la tragedia de la nota, intento recrear las historias circundantes. Mi intención es alejarme de prejuicios totalizadores durante la construcción de los personajes (es asesino, es secuestrador, es ladrón) y de este modo explorar las condiciones que pueden orillarlos a formar parte de un delito. Busco crear personajes que, como las personas reales, sean multifacéticos (padres, madres, hijos, maestros, estudiantes, bailarines, religiosos) y que, por una razón u otra, han entrado en contacto con el mundo criminal.

Quizá esta intención de subrayar el contexto de un delito más que el delito concreto provocó que, tanto en la realización de los ejercicios como en los cuentos finales, sucediera algo que yo no esperaba: en ninguno de los textos llego a narrar de manera directa el hecho violento, que sin embargo es el disparador de todos los relatos de la colección.

---

<sup>2</sup> Cfr. Ibargüengoitia, Jorge. *Las muertas*. México: Joaquín Mortiz, 2009.

Todos los cuentos de *El makech púrpura* conservan muy poco de la fuente original. En algunos incluso la referencia policiaca se ha diluido hasta la desaparición. Por ejemplo, la noticia en la que está basada *El makech púrpura* da cuenta del asesinato de un hombre, dueño de un restaurante de comida yucateca. No me atrajo tanto el homicidio como el nombre del espacio (“El makech púrpura”) y las posibles dinámicas entre el restaurantero y su empleado que -cuenta la noticia- fue quien lo encontró muerto. Por otro lado, *La Sargenta* se originó a partir de la noticia de una maestra que muere de un infarto al enterarse de la reducción de su salario. El problema del sueldo y no la muerte del personaje es lo que da pie a mi historia. *La Rusa*, por su parte, tiene como fuente original una noticia sobre cuatro niños de entre once y doce años que intentan robar, sin éxito, un banco: conservé sólo la idea de “niños delincuentes” y deseché todo lo demás. Ni qué decir de *Yo sólo bailo*: la historia original –el asesinato de dos mujeres, empleadas de un night club– no tiene cabida en el cuento. De la noticia quedó sólo el espacio, el téibol dans, en cuyas características plásticas y materiales encuentro un gran potencial narrativo.

Los relatos de *El makech púrpura*, pues, no dan cuenta de los relatos periodísticos en los que están basados: se alejan del hecho violento que los origina. Cuando comencé a escribir los textos, sin embargo, yo pensé que lo que saldría del horno serían historias policiacas con sus correspondientes dosis de violencia y delito. Para mi sorpresa no fue así.



Este desfase da lugar a ciertas preguntas: ¿Cómo se transforma la referencia original? ¿Cómo está representada la violencia en los cuentos? ¿Puede la violencia trascender su condición de hecho y convertirse en un mecanismo que determina la forma del relato? Bajo la guía de estas interrogantes –que me acompañaron durante todo el proceso de escritura– mi noción de lo violento experimentó una metamorfosis, y fui descubriendo, conforme el desarrollo del manuscrito, matices en el concepto.

### Violencia, individuo y códigos sociales

En su sentido más amplio –y quizá menos perceptible– la violencia es inherente a la existencia. Jean-Luc Nancy habla de una “archi-violencia” que tiene que ver con el mero hecho de entrar en relación con el otro dentro de una comunidad. Se trata de una violencia originaria. “No es una violencia infligida –o ejercida– sobre un sujeto cualquiera, ya que ningún sujeto la preexiste, más bien el ‘sujeto’ existe justamente a partir de esta violencia”.<sup>3</sup> Este tipo de violencia puede considerarse una  *fuerza de diferenciación*, elemento esencial que tiene que ver con la alteridad y que es intrínseco a la vida en comunidad. La violencia sería, en primerísima instancia, un problema ontológico. Esta idea, sin duda fascinante, merece un estudio aparte que no es posible abarcar ahora.

---

<sup>3</sup> Nancy, Jean-Luc en Álvaro, Daniel. “La violencia de la relación”. *La pregunta por la violencia*. Comp. Ana Belén Blanco. Buenos Aires: CLACSO, 2017.

En su relación con lo legal y lo político, la violencia puede pensarse como la ejecución de actos agresivos que afectan a una tercera persona y que pueden conllevar daños físicos o psicológicos: un asesinato, un robo, un secuestro, una violación, una extorsión. Aquí la violencia se hermana con el mundo del delito y es, precisamente, el tipo de violencia que aborda la nota roja o la nota policiaca. Es, igualmente, la violencia que da pie a las historias de *El makech púrpura*.

Existen diferentes formas de representar el delito. Puede, por ejemplo, configurarse a través de imágenes crudas y descripciones detalladas. Las fotografías que usualmente acompañan la nota roja (cabezas cercenadas, cuerpos tirados en medio de charcos de sangre) pertenecerían a esta forma de la violencia. *Funny Games*, filme de Michael Haneke, entraría igualmente en este rubro.

Por otro lado, autores como Jorge Ibarguengoitia (*Las muertas, Dos crímenes*) y Sergio Ramírez (*El reino animal, Flores oscuras*) abordan el delito de forma satírica, poniendo de relieve el delirio absurdo que muchas veces circunda las historias de crimen y abuso.

La violencia del mundo delictivo puede también transitar el psicologismo, es decir, tomar la forma de historias profundamente enraizadas en el deseo y en el mundo interno de sus personajes. Novelas como *In Cold Blood*, de Truman Capote; *The Talented Mr. Ripley*, de Patricia Highsmith, o filmes como *Before the Devil Knows You're Dead* (Sidney Lumet) y *Layla Fourie* (Pia Marais) serían,

dentro del universo de mis influencias, ejemplos de este tratamiento de la violencia.

Si el delito es susceptible de representarse de distintas maneras, es porque el concepto puede tener diversas aproximaciones. El hecho delictivo tiende a pensarse en términos de una violación de las normas sociales con sus respectivos efectos legales. Ello responde a una visión externa del delito que se centra en una lógica de causa-consecuencia. Pero visto bajo una lente más detallada, el delito, antes de constituirse como un acto transgresor cometido por alguien, responde a un concepto social que busca normalizar y controlar las conductas humanas.

*Vigilar y castigar*, de Michel Foucault, es uno de los estudios canónicos sobre el tema. A través de un recorrido euro-histórico que va del siglo XVI al XIX, el autor indaga en las circunstancias ideológicas y sociales que condujeron al nacimiento de la prisión moderna.<sup>4</sup> En el apartado “Disciplina”, Foucault desarrolla el concepto de “sanción normalizadora”:

Se trata de hacer penables las fracciones más pequeñas de la conducta y de dar una función punitiva a los elementos en apariencia indiferentes del aparato disciplinario: en el límite, que todo pueda servir para castigar la menor cosa; que cada

---

<sup>4</sup> Cfr. Foucault Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: FCE, 2001.

sujeto se encuentre perdido en una universalidad castigable-castigante. (Foucault 183)

Al hablar de las fracciones más pequeñas de la conducta que pueden ser castigadas, Michel Foucault pone en evidencia los alcances de un poder estructural: cualquier acto que no armonice con la regla imperante podría, si se quiere, evaluarse como un acto reprobable y punible. El delito, entonces, camina en terreno frágil: ¿qué acto, ejecutado desde la singularidad y la diferencia, está exento de la posibilidad del castigo social?

Pero incluso cuando un acto es indudablemente delictivo, es necesario matizar desde la circunstancia. Tomemos el robo como ejemplo. No es lo mismo robar millones de dólares de un banco que robar tres bolsas de cemento de una obra negra. O, por mencionar otros rubros, no tiene el mismo peso, esto es, no genera los mismos niveles de daño, el hecho de abrir una tumba comparado con el hecho de asesinar a una persona, o con el de violar a alguien.

Los cuentos de *El makech púrpura* lidian con versiones del delito que podrían considerarse menores. Mis personajes no tienen un historial criminal, como Dick y Perry de *In Cold Blood*, o como Tom Ripley en *The Talented Mr. Ripley*. Pero cometen, o coquetean con la idea de cometer, actos “reprobables” y “castigables”.

## La resignificación de lo criminal

Algunos de mis personajes roban. Otros secuestran. Otros golpean. Otros profanan tumbas. ¿Esto los convierte en criminales?

Todos los seres humanos, por el hecho de interactuar en sociedades reguladas, somos susceptibles de cometer algún acto que choque con las reglas de lo correcto y lo permitido y que, por tanto, pueda calificarse como delictivo. Pero designar un acto como “delito” responde a un constructo social que no agota la totalidad de la intención de quien lo ejecuta. Tomemos como ejemplo el cuento *El makech púrpura*. Los personajes principales, Balito y don Benjamín, no llevan una vida dedicada al crimen, no son psicópatas ni tienen antecedentes penales. Pero eventualmente las circunstancias los sitúan dentro del perímetro de un delito: profanar una tumba. Esta etiqueta “profanador de tumba” es una imposición externa, y no agota la esfera humana de la persona. Don Benjamín, antes que un profanador de tumbas (o además de un profanador de tumbas) es un restaurantero, es un abuelo, es un cocinero, es un padre. Y en todos estos niveles de su vida no necesariamente se comporta como un delincuente.

Lo mismo sucede con la protagonista de *Santo Niño*. El delito en juego (robo) no llega a cometerse. Pero aunque la mujer robara la escultura, ¿eso la convierte en una ladrona? Quizá ante la sociedad, sí. Pero tal vez ella, o sus familiares, piensen algo distinto. La manera de enunciarlo es a veces lo que le

confiere a un acto su condición de delito. Ponerle nombre al acto es, muchas veces, lo que lo convierte en algo reprobable.

### La violencia: tema y método

Recapitulando: mis cuentos no narran la violencia de una manera directa o evidente. Abordan el delito periféricamente, entendiéndolo más como un choque de la ética contra “lo correcto”. Los personajes no tienen un historial delictivo, de hecho, varios de ellos se enfrentan por primera vez al delito (Emi en *La Rusa*, Apodaca en *La Sargenta*, la mujer que roba al bebé en *El aliento del diablo*, por mencionar sólo algunos). Esto nos trae de vuelta a un par de preguntas planteadas con anterioridad. ¿Cómo está representada la violencia en los cuentos? ¿Puede la violencia trascender su condición de hecho y convertirse en un mecanismo que determina la forma del relato?

En una entrevista para *The Paris Review*, Stephen King es cuestionado respecto a su noción del miedo. Como se sabe, King es un escritor encasillado en el género del terror, pero su respuesta no guarda relación con lo sobrenatural. “What are we afraid of, as humans? Chaos. The outsider. We’re afraid of change. We’re afraid of disruption, and that is what I’m interested in.”<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Lehmann –Haupt, Cristopher and Nathaniel Rich. *Stephen King, The Art of Fiction No. 189*. 178.3 (2006) Web 20.Nov.2017

Esta idea me lleva a pensar que la violencia, antes que materializarse en un hecho externo y tangible, es algo referente al mundo interno del personaje, algo que lo perturba. Y, en este estado primigenio, la violencia no tiene que ver con el delito ni con la agresión, sino con el sentido de amenaza en la vida de un personaje. Volviendo a King:

I'd say that what I do is like a crack in the mirror. In every life you get to a point where you have to deal with something that's inexplicable to you, whether it's the doctor saying you have cancer or a prank phone call. So whether you talk about ghosts or vampires or Nazi war criminals living down the block, we're still talking about the same thing, which is an intrusion of the extraordinary into ordinary life and how we deal with it.<sup>6</sup>

Lo violento, pues, no se refiere necesariamente a la agresión física, ni a lo sobrenatural, sino a esa grieta en la vida de un personaje que provoca una transformación a partir de la experiencia. Podemos afirmar, entonces, que la violencia es otra forma de pensar el conflicto de una historia. Si el conflicto es lo suficientemente significativo para el personaje y para el desarrollo de la historia, es porque hay violencia de por medio: esa disrupción que cambia el estado de

---

<sup>6</sup> Ídem

las cosas. Esta es una de las principales conclusiones a las que llegué con la escritura de *El makech púrpura*.

La violencia, por otro lado, se convirtió en algo concerniente al método de escritura de la colección. Saber que mis personajes podrían verse implicados en situaciones peligrosas o delictivas sin que ello necesariamente llegara a ocurrir, alimenta el suspenso en las historias. Más que un hecho que se ejecuta, el delito constituye una posibilidad: Emi y Sebastián *podrían* quemar Bodegas Baroudi; en *Santo Niño*, la mujer *podría* robarse la escultura; los policías *podrían* arrestar a Gabriel en *Los Gabrieles de Sarandí*. Como narradora, yo sé que el delito puede consumarse, pero no es una obligación. Y si ocurre, no tiene que ser de una manera directa. Por ejemplo, en *El aliento del diablo*, el hecho delictivo –el secuestro del bebé– sí llega a realizarse, pero no está narrado a través de una escena: el cuento aborda lo que sucede después del secuestro.

La violencia, entonces, se amplifica y se reubica: ya no es sólo un hecho externo, una agresión, sino una intención que descansa en el personaje y que atraviesa toda la narración en forma de suspenso. François Truffaut lo ha expresado de una manera elocuente: “El suspenso es un medio poético”.<sup>7</sup>

En honor a la verdad debo admitir que si en mis narraciones decidí evadir el hecho violento (entendido como hecho delictivo) fue también por temor a caer en

---

<sup>7</sup> Cfr. Truffaut, François. *El cine según Hitchcock*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 2009.



el morbo o en el sensacionalismo. Es por ello que durante el proceso de escritura revisité algunos autores cuyas historias, eventualmente, lidian con la violencia física. Ellos no recurren al tremendismo o a las imágenes grotescas para que la narración del hecho violento tenga fuerza e impacto. El suspenso es la clave: construyen una atmósfera que va agudizando la tensión a tal punto que cuando llega el “momento fatal” no es necesario subrayarlo con efectos sensacionalistas. Muy al contrario, lo hacen con una parquedad casi reporteril. He aquí algunos ejemplos:

- The Misfit, el personaje de *A Good Man is Hard to Find* (Flannery O’Connor, 1953) asesina a toda una familia en medio de un campo solitario. “There was a pistol shot from the woods, followed closely by another. Then silence”, cuenta la narradora cuando uno de los integrantes de la familia muere. Más adelante, describe el último asesinato, el de la abuela: “The Misfit sprang back as if a snake had bitten him and shot her three times through the chest. Then he put his gun down on the ground and took off his glasses and began to clean them.”<sup>8</sup>

- En *The Chain* (Tobias Wolff, 1996) un perro ataca a una niña de seis años. El padre de ella encuentra consuelo en su primo, que ante la ineficacia de

---

<sup>8</sup> Cfr. O’Connor, Flannery. “A Good Man is Hard to Find”. *The Complete Stories*. New York: The Noonday Press, 1998.

la policía y de la justicia, se ofrece a matar al perro. Pero la escena del asesinato del perro está ausente y aparece sólo por referencia, cuando por teléfono, el primo le avisa al padre: “It wasn’t anything I’d want to do again”.<sup>9</sup>

- En *Children of the Corn* (Stephen King, 1977) Burt –el protagonista- pelea mano a mano con un niño que tiene toda la intención de matarlo. Inesperadamente, el niño saca un cuchillo y lastima a Burt: “Something flicked through the air. Burt’s left arm jerked backward, and for a moment he had the absurd thought that he had been punched at long distance. Then the pain came, so sharp and sudden that the world went gray. [...] The sleeve of his J.C. Penney sport shirt was turning red.”<sup>10</sup>

- En *Dimension*, cuento de Alice Munro, un hombre mata a sus cuatro hijos. Doree, esposa del asesino y madre de los niños, los encuentra muertos en su casa: “Dimitri still in his crib, lying sideways. Barbara Ann on the floor beside her bed, as if she’d got out or been pulled out. Sasha by the kitchen door—he had tried to get away. He was the only one with bruises on his throat. The pillow had done for the others.”<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Cfr. Wolff, Tobias. “The Chain”. *The Night in Question*. New York: Vintage, 1996.

<sup>10</sup> Cfr. King, Stephen. “Children of the Corn”. *Nightshift*. New York: Anchor Books, 1978.

<sup>11</sup> Cfr. Munro, Alice. “Dimension”. *The Best American Short Stories*. Ed. Stephen King. New York: Houghton Mifflin Books, 2007.

Estas referencias forman ahora parte de mi concepción de lo violento que comencé a definir y explorar en *El makech púrpura* y que seguiré investigando en proyectos subsecuentes.

### Algunas cuestiones técnicas

La escritura de cada cuento implicó distintos retos referentes a la ejecución. No puedo detenerme –por falta de espacio– en cada uno de los cuentos, pero hablaré de los que fueron más difíciles de escribir.

Sin duda, *Santo Niño* fue con el que más batallé. En el primer borrador, escrito hace más de cuatro meses, no logré terminar el texto. No pude, en ese entonces, encontrar la intención de la historia. El cuento tenía demasiados personajes y demasiadas cosas pasando al mismo tiempo, y este fue uno de los primeros ajustes que hice en la revisión.

*Santo Niño* lo reescribí por completo, pues la manera en la que estaba estructurado respondía a este exceso de aristas narrativas. Sin embargo tenía claro que quería mantener la atmósfera misteriosa y enrarecida que suele caracterizar a muchas iglesias. La iglesia como espacio físico era un elemento que desde la escritura del primer borrador quise subrayar, y ese criterio permaneció en las versiones posteriores del cuento, así como en la versión final.

La trama es sencilla: la protagonista llega a la iglesia para robarse una escultura del Santo Niño porque le ha concedido el milagro de quedar

embarazada a sus casi cincuenta años, pero la inesperada presencia de un grupo de mujeres le impide realizar su plan. Paralelamente a la narración de la iglesia hay otra que cuenta, a través de un flashback, que veinte años atrás la protagonista tuvo un hijo que nació muerto.

Durante semanas escribí imágenes y escenas, pero algo no fluía. Sentía la historia trabada, sentía que estaba controlándola demasiado y que no estaba dejando espacio para que los personajes se desarrollaran por sí mismos y con más libertad. Es decir, yo como narradora ya sabía todo lo que iba a pasar, y esto limitaba el tono, el ritmo y el significado de la historia. Entonces hice pruebas de cambio en la estructura y en el manejo del tiempo, ensayé diferentes formas de organizar la información. Estas versiones me gustaban más, pero seguía sintiendo la historia forzada. Originalmente escribí el cuento en tercera persona, focalizado a través de la protagonista y con un alto grado de subjetividad, recurso que me parecía útil para crear la atmósfera enrarecida de la iglesia. En algún punto pensé que quizá la tercera persona era un factor importante en esta sensación de control excesivo, y fue entonces cuando decidí probar con una narración en primera persona. Este fue el primer hallazgo, algo que descubrí que la propia forma del cuento estaba pidiendo.

El segundo hallazgo en *Santo Niño* también responde a esta necesidad excesiva de control que de pronto se asoma en mi proceso de escritura, y se refiere a la lógica de la historia. En general, tenía la sensación de que estaba tratando de hacer sentido a partir de una lógica racional, una estructura causa-

consecuencia. Pero si la historia era altamente subjetiva y la atmósfera enrarecida jugaba un papel tan esencial, ¿por qué no dejar que estos elementos definieran la lógica de la historia? Es decir, quise averiguar cómo sería la lógica viniendo desde dentro de la historia, y no externa, impuesta por mí. Releí entonces a dos autores que admiro precisamente por sus atmósferas y sus tramas alejadas de lo racional: Kafka y Felisberto Hernández. En especial, el autor uruguayo tiene la capacidad de crear, a partir de la mirada ultra individual de sus personajes, historias que apelan más a cierta sugestión onírica o de la memoria que al peso contundente de los puntos de giro. Sin duda, *Santo Niño* debe mucho a este autor, pues he intentado seguir esta línea narrativa.

Respecto a *El aliento del diablo* (que llevaba por título *La devota de San Expedito*) encontré, en la relectura, un problema de tono. Lo sentía desfasado, como si diera una cuenta falsa de las emociones del personaje. La historia trata sobre una mujer –es el mismo personaje de *Santo Niño*, pero veinte años antes– que se roba a un bebé porque el suyo ha nacido muerto.

Originalmente el texto estaba escrito en segunda persona, aunque no quedaba muy claro de quién era aquella voz que apelaba directamente a la protagonista. Probé que el “tú” fuera ella hablándose a sí misma –como un monólogo interior– y también probé cambiando a primera persona con focalización de la protagonista. Pero el tono seguía sin parecerme el adecuado. La sensación general que tenía al escribir estas versiones era que el tono estaba

muy cercano al melodrama. Decidí entonces probar con una operación inversa a la de *Santo Niño*: alejar la voz narrativa, hacerla más distante, más fría. Hice una versión en tercera persona que no terminó de convencerme, pues aún estaba demasiado embebida de la perspectiva de la protagonista. Pensé que tal vez cambiando la focalización la historia me gustaría más: contar la historia no desde el punto de vista de la persona que roba al bebé, sino desde alguien más que no tiene que ver directamente con el hecho trágico. Así surgió la versión final.

Para este cuento fue elemental la relectura de algunos trabajos de Sergio Ramírez que mezclan la nota roja con la ficción. Frecuentemente, Ramírez incorpora en sus narraciones el tono periodístico y reporteril, lo cual a mi parecer ayuda a divorciar los hechos trágicos del melodrama.

En la corrección de *Los Gabrieles de Sarandí* me enfoqué específicamente en la puntuación. Esta historia fue escrita como un ejercicio que buscaba trasladar recursos cinematográficos a la literatura, así que, bajo la idea del plano secuencia, la concebí originalmente sin cortes, es decir, sin puntos. Sin embargo, en la relectura encontré que el uso excesivo de las comas entorpecía a veces la sintaxis, y que en realidad, en el ritmo de lectura, sí había pausas como las que indicaría un punto y seguido, pero en su lugar yo estaba usando el punto y coma.

Aunque la puntuación cambiara, quería conservar el ritmo rápido de la historia, como un ojo que se va moviendo sin detenerse mucho en ningún lado. Creo que este ritmo apoya la sensación de urgencia que caracteriza a los personajes: los policías que quieren atrapar al delincuente, el delincuente que no quiere ser descubierto por los policías y la esposa del delincuente, que tiene nueve meses de embarazo y en cualquier momento puede dar a luz. Es por ello que respeté la estructura del párrafo largo y el diálogo embebido, pues ambos recursos crean el efecto de una sola escena continua, o al menos sin pausas demasiado notorias.

No existen reglas para la escritura, y con ello no digo nada nuevo. Sin embargo, los talleres suelen convertirse en una polifonía de consejos, muchas veces contradictorios. Pensar en imágenes y sensaciones, pensar en ideas, no hacer outlines, sí hacer outlines, no definir el final, no empezar a escribir sin el final, preocuparse por la música del lenguaje más que por el sentido, no detenerse en determinado pasaje, hacer pausa en otro. Lo cierto es que los recursos son diversos y el propio texto pedirá lo que necesita. Todo cuento reclama su propia forma, y por lo tanto cada cuento exigirá un procedimiento distinto. La escritura es un proceso de descubrimiento, no sólo en el sentido técnico, sino también por la transformación que los temas explorados experimentan en el camino. Escribir, por lo tanto, significa pensar la vida y ensayar diferentes formas de representarla.

## La rusa

Odin, dva, tri, chetire. El día que Emi conoció estas palabras, su madre lo obligó a usar un saco que le quedaba grande de las mangas. Era domingo.

“Jorge nos invitó a desayunar al bufet del Holiday Inn después de misa”, dijo la madre, dándole al saco unas puntadas sueltas.

Emi se imaginó sirviéndose un plato con fruta y granola enfundado en ese saco y se sintió ridículo. El bautizo de su primo Jacobo era la única vez que había estado en el bufet del Holiday Inn. Mientras una mujer con disfraz de tehuana le preparaba una quesadilla, Emi miró a la gente formada detrás suyo y cayó en la cuenta de que la mayoría de los niños brincoteaban con ropa de playa, algunos incluso sin camisa y sólo con traje de baño, yendo y viniendo de la alberca al restaurante.

Alineados por tamaños en el tocador, los frascos de cremas y perfumes hicieron pensar a Emi en la colección de soldados que le regalaron una navidad. Jugó con ellos hasta que la pintura verde comenzó a caerse, y el perro mordisqueó tres una vez que los dejó en el suelo. Pero hacía tiempo que no los usaba, desde el día que Tomás le dijo que esos juguetitos eran para bebés. Así había dicho, juguetitos.

La madre se humedeció las manos con agua de colonia y dio palmaditas en el cuello y mejillas de su hijo.



“¿Hoy no vamos a ver a Tomás?”, preguntó Emi. El vapor del alcohol le entró por la boca abierta.

“No me hables de tu hermano ahora”. La madre lo besó en la frente. Sus pechos perfumados rozaron el torso de Emi, parado frente a ella. “Y tampoco lo menciones con Jorge”.

Jorge había comenzado siendo don Jorge, el jefe de la madre de Emi, el dueño de Bodegas Baroudi, un hombre tipo oso con brazos peludos, anillos y pulseras de oro que chocaban entre sí cada que despachaba mantequilla danesa, salami español o latas de galletas con escenas de campo grabadas en relieve, productos todos marcados con etiquetas de IMPORTACIÓN y por los cuales se pagaban precios mucho más altos que en cualquier supermercado. Después vinieron los paseos, cada tanto salir a Bacalar, o al teatro, o a comer una marquesita en la explanada. Emi iba obligado por su madre, pero Tomás siempre se negó. Sólo una vez aceptó acompañarlos al cine, y cuando en la taquilla Jorge Baroudi pidió cuatro boletos, Tomás corrigió, “Tres”, y con un billete de doscientos pagó el suyo.

“La cara de frustración del gordo”, se rió Tomás desde su cama esa noche antes de dormir, cuando los dos hermanos, con la luz apagada, hablaban. Poco después vino lo del asalto al abuelo, y Tomás dejó de vivir en la casa.

Los paseos con Jorge Baroudi siguieron, y la madre comenzó a preocuparse demasiado por la ropa que Emi usaba durante los encuentros con él. Sus tenis favoritos, unos converse rojos con agujetas amarillas, estaban

prohibidos. “Esas garras ya están para la basura”, decía la madre. Los días de visita la casa se llenaba de un desodorante olor a canela y Emi tenía que amarrar al perro en el patio.

Con el tiempo, don Jorge se transformó en Jorge para la madre, y para Emi, en el novio de su mamá. En cambio para Tomás se convirtió en “ese pinche árabe”.

Uno, dos, tres, cuatro. Odin, dva, tri, chetire. Desde la parte trasera del auto, Emi escuchó por primera vez lo de las clases de ruso.

“Mi tatarabuela...”, dijo Jorge Baroudi. Ajustó el retrovisor para peinarse las cejas y miró a Emi como para asegurarse de que estuviera prestando atención. “...se crió en Moscú”. Jorge Baroudi se reacomodó en el asiento y el olor de su colonia hizo que a Emi le dieran ganas de estornudar, como el día que, jugando tras unas cajas de cerveza en la bodega del negocio de Baroudi, escuchó: “Magda, Magda, ¿dónde estás?” Desde una ranura formada entre las cajas mal apiladas, Emi podía ver a su madre trepada en una silla, desempolvando las astas de un ventilador. Jorge entró. “Te ayudo”, dijo, y con un sonido seco su mano rebotó en las nalgas de la madre. Magda rió y Emi tuvo que taparse la nariz para no estornudar con la colonia que inundaba toda la bodega. Jorge Baroudi metió una mano por debajo de la falda de la madre. “Sht”, dijo ella, y con la cabeza señaló la pila de cajas desde donde Emi espiaba la escena.

Camino al bufet, la madre y Emi permanecieron en silencio mientras Jorge les contó sobre “una muchachita muy simpática” que le estaba enseñando ruso básico. Más tarde, en el Holiday Inn, Emi se levantó de la mesa para servirse jugo de naranja, y al regresar alcanzó a escuchar a su madre: “¿Dónde la conociste?”

Jorge Baroudi sólo tronó la boca y dio un sorbo a su café.

Emi trató de imaginar a la rusa. En un documental sobre la vida en la nieve había visto fotos de Moscú, gente envuelta en pieles de animales, la cara apenas visible entre gorros y bufandas. Pero en el calor de Chetumal era imposible que la rusa usara esa ropa.

“¿Tiene los ojos claros?”, quiso saber Emi.

Jorge Baroudi no respondió. Alzó la mano para pedir la cuenta.

De ese día al chisme de que Jorge Baroudi andaba tirándole el perro a una bailarina rusa de Los Pozos no pasó ni un mes; del rumor al freno de sus visitas pasaron tres semanas, y sesenta días llevaba la madre refiriéndose a su ex novio como “ese viejo gordo”. Al menos estas eran las cuentas de Emi, que diariamente arrancaba una hoja del calendario colgado en la pared de su cuarto.

Ciento ochenta y siete días llevaba Tomás en la cárcel.

“Con un martillo vas y rompes todo”, dijo Tomás. Sus dedos tamborilearon inquietos sobre el Centro de Readaptación Social bordado en el bolsillo izquierdo de la camisa. Buscaba cigarrillos, Emi lo sabía. Pero en el salón de visitas no se podía fumar.

Tomás subió los pies a la silla frente a sí y volteó al fondo del salón para asegurarse de que la madre aún no regresara del baño. “No. Mucho ruido”. Entrecerró los ojos, como si tratara de distinguir algo a lo lejos. “Mejor quémale el changarro”.

Emi sonrió a pesar de no tener ganas de sonreír, contuvo la respiración y trató de pronunciar las palabras como Tomás lo haría. “A huevo. ¿Instrucciones?”

Había dejado de ir a Bodegas Baroudi desde un año atrás, cuando entró a la secundaria. Antes tenía que alcanzar a su madre todos los días después de la escuela y esperarse ahí hasta las siete de la tarde. A veces Jorge Baroudi le regalaba un pedazo de queso con olor a pescado. Cuando lo mordía, a Emi se le erizaba la piel.

“¿Dónde está trabajando mi jefa ahora?”, dijo Tomás.

“En un salón de belleza”.

“¿Así nomás la corrió?”

“Sí. Ahora la rusa es la que atiende en Bodegas”.

De tanto que los apretó, los labios de Tomás se pusieron blancos.

Emi quiso preguntarle a Tomás si conocía a la rusa. Sabía que su hermano iba a Los Pozos.

El grito del guardia se escuchó en todo el salón. “La visita terminó, señores”.

“Voy a hablar con el Sebas”, dijo Tomás. Sus palabras se mezclaron con el chillido de las patas metálicas que rasparon el piso cuando presos y visitantes se levantaron de sus sillas. “Haz lo que él te diga”.

Emi imaginó la fachada de Bodegas Baroudi en llamas, el salami pintado en la pared, sonriente con piernas y manos de hilo, derritiéndose con el fuego.

“Es por mamá”, dijo Tomás.

Emi tragó saliva. Con Tomás se le cerraba siempre la garganta.

“¿O qué no la quieres?”

Tomás besó a su hermano en la frente y se alejó por el pasillo. Emi lo vio doblar cerca de los baños, donde se topó con la madre, que lo abrazó luego de darle la bendición.

Sebastián abrió el pequeño rectángulo envuelto en un papel blanco, casi transparente. Saltó un aroma de fresa con sandía que cosquilleó como pelusa en su nariz. “El abogado del diablo en BluRay”, dijo, metiéndose el chicle a la boca.

Emi quería saber qué le habían regalado de cumpleaños.

A las dos de la madrugada, el silencio en la Avenida Héroes era interrumpido casi únicamente por el oleaje de la gasolina que, en botellas de un litro de Agua Ciel, brincaba encerrada en sus mochilas.

“El abogado del diablo es clasificación C”, dijo Emi.

“¿Y?”

“Tú tienes quince. Las C son para mayores de 18”.

Sebastián abrió la boca para sonreír. El chicle saltaba entre sus muelas como una piedrecilla. “Eso qué. Mi vieja tiene doce como tú y ya la vio”.

Emi quiso mentir y decir que él también había visto El abogado del diablo.

Sebastián sacó de su mochila dos botellas de gasolina y se las dio a Emi. “Carga esto. Ya me cansé”. No era verdad, los dos lo sabían. Era Sebastián asegurándose de tener el control de la noche.

Emi tuvo que obedecer, y sus pasos se volvieron rápidos.

La brisa húmeda mecía las hojas de los árboles. La basura atrapada en las jardineras centelleaba de pronto con la luz de los faroles. Las cortinas metálicas de los negocios mostraban los grafitis escondidos durante el día.

Sebastián jaló a Emi de la playera.

“Ora tú. ¿Cuál es la prisa? Quiero echar una firma”. Se detuvo junto a un poste y se bajó el cierre del pantalón.

Un pequeño charco se formó a los pies de Sebastián, enfundados en el brillo de unos tenis Nike. La primera vez que Tomás se desapareció de la casa por dos días volvió con unos tenis nuevos parecidos a esos. Su madre le pidió

explicaciones. ¿De dónde había sacado el dinero para comprarlos? Tomás no dijo nada. Después vinieron más ausencias, y el nombre de Sebastián comenzó a volverse común en las respuestas de Tomás cada que su madre le preguntaba con quién saldría.

En un local de la esquina, entintada con los rayos fucsia de un tubo neón colgado del techo, la palabra POZOS titilaba en una fachada blanca. El palito de la P era un tubo de téibol dans. Abrazada al tubo con brazos y piernas, una bailarina con leotardo y tacones completaba la letra.

“Ahí baila la vieja del gordo Baroudi”, dijo Sebastián. Se subió el cierre y apuntó a la fachada con los labios. “¿Está buena?”

Un auto se estacionó frente al local. Dos hombres con minifalda y botas de aguja bajaron riendo. Sus voces desaparecieron entre pisadas puntiagudas que parecían marcar la intermitencia del letrero luminoso RUSSIAN NIGHT.

“Se llama Ludmila”, dijo Emi.

“Pregunté si está buena, no su nombre”.

Emi recordó una conversación escuchada en la escuela días atrás: una niña le había dicho a otra que “una modelo” la había atendido en Bodegas Baroudi.

“No sé”, respondió.

Sebastián encendió un cigarro. Las cicatrices en su cara se mostraron con el resplandor del fuego. Zarandeó como sonaja la caja de cerillos y se la dio a Emi. “Ábrela”.

Emi jaló la lengüeta. Un cerillo se levantó como un pene entre las piernas de una Venus de Milo impresa en la caja.

Sebastián le dio un zape a Emi. “A Ludmila se le arrima”.

Emi sintió las mejillas calientes.

“Qué, nunca se la has puesto a ninguna vieja”, dijo Sebastián.

Una palomilla revoloteó cerca de la cara de Emi y rebotó en un farol antes de perderse en el cielo oscuro.

“A poco nunca has tocado una teta”.

“Claro que sí”, dijo Emi.

Pero no era sencillo engañarlo. Sebastián formó una bomba de chicle que adquirió el tamaño de una manzana antes de reventar en sus labios como una telaraña. “Cuando salga Tomás pídele que te lleve a Los Pozos”.

Treparon por la ventana de atrás, alta, pequeña, sin barrotes, y aunque la luz de un farol iluminaba dispareja la bodega, encendieron sus linternas.

Aún seguían ahí las cajas de cerveza, apiladas y opacas de tanto polvo. “Don Jorge no está de buenas”, advertía la madre en ocasiones. “No molestes”. Entonces esas cajas se convirtieron en una especie de muralla tras la cual Emi memorizó la tabla del nueve, recortó estampillas de fútbol para pegarlas en su álbum, durmió la siesta con la cabeza apoyada en su mochila. “¿Qué tanto haces en ese changarro?”, le preguntaba Tomás cuando más tarde se encontraban en la casa, y Emi permanecía callado.



Era raro estar en Bodegas Baroudi por la noche, sin los gritos de don Jorge y sin las monedas cayendo en la caja registradora, sin las campanitas que sonaban cuando alguien abría la puerta y sin el olor a hule de la llantera de junto. Emi sintió algo parecido a la vez que llegó demasiado temprano a la escuela y encontró todo quieto, los pupitres sin alumnos, la explanada vacía.

“Pásame la gas”, dijo Sebastián. Alumbró un estante empotrado en la pared del fondo.

El celofán amarillo de los quesos, las flores tatuadas en las botellas de sake, la sirena rodeada de algas en la etiqueta de una lata de sardinas: la luz circular de la linterna recorrió lenta la repisa. Se detuvo en la pared sobre algo brillante hecho de plumas y listones coloridos: de un clavo oxidado colgaba, como un animal disecado en la cabaña del cazador, un penacho de frutas plásticas escarchadas con brillantina. “Para que pongas tu bolsa”, le había dicho Jorge Baroudi a la madre -¿hacía ahora cuánto tiempo?- dando el último martillazo sobre el clavo.

“Que me pases la gas, pendejo”, repitió Sebastián.

Sus dedos se abrieron como pinzas para sostener la botella, pero al darse cuenta de lo que Emi miraba, dejó la gasolina en la repisa y descolgó el penacho. Se paró de puntillas y puso las manos a ambos lados de la cintura. Miró a Emi.

“Ay Jorge”, dijo Sebastián con voz afeminada. Se acomodó el penacho en la cabeza. Una banana rodeada de un racimo de uvas le colgó en la sien

izquierda. “Ay Jorge ay Jorge ay Jorge”. Meneando la cadera, desapareció por un pasillo.

Emi se quedó ahí, escuchando los crujidos de su estómago, esperando a que algo sucediera. Entre los ruidos que se colaban por la ventana de la bodega -una botella de vidrio estrellándose contra el suelo, ladridos de perros, el motor de un auto que hace pausa en un semáforo- trataba de distinguir a la policía. “Casi siempre lo primero que oyes son las radios”, le había dicho Tomás la primera vez que lo visitó en el reclusorio después del asalto al abuelo.

“Ven acá güey”. La voz de Sebastián retumbó por el pasillo.

Emi caminó sin apoyar los talones. No es que alguien pudiera escuchar sus pasos: él mismo no quería sentirlos. Encontró a Sebastián en el mostrador principal, manoseando la caja registradora.

“Esta mierda es de las nuevas”, dijo Sebastián.

El penacho ahora reposaba sobre la placa de vidrio del mostrador. Las plumas, suavemente agitadas por un abanico de techo, lo hacían parecer un ave moribunda. La linterna de Sebastián, apoyada junto a la caja registradora, arrojaba luz sobre un frasco lleno de un líquido amarillento en el que flotaban patitas de puerco y hojas de laurel. La misma luz revelaba, a lo largo del empolvado cristal, huellas incompletas de manos y dedos. Casi todas las marcas eran toscas, pero entre ellas Emi distinguió algunas más delgadas, dedos largos y delicados. Era como si esas manos hubieran acariciado el mostrador. Es ella, pensó Emi. Es la rusa.

“Deja de estar en la pendeja. Ayúdame cabrón”, dijo Sebastián.

Emi levantó la caja para tratar de buscar el seguro, pero al deslizar la mano por la base plana no sintió nada parecido a una palanca.

Sebastián le pasó una lata de paté. “Chíngatela con esto”.

Una voz de hombre llegó desde el otro lado de la cortina metálica. “Ay chiquita, ay Ludmila”.

Sebastián y Emi apagaron sus linternas.

Emi no sabría decir qué sonido era más fuerte: los latidos de su corazón o el aluminio de la cortina sacudiéndose con furia.

“Mi chiquita”, dijo la voz. Siguió la risa de una mujer.

Sebastián jaló a Emi de la playera: volvieron de puntillas a la bodega.

Emi jaló a Sebastián de la playera: se escondieron tras las cajas de cerveza.

Emi sintió el gel escurrirle por el cuello, por su espalda resbalaron hilillos de sudor que se iban acumulando a la altura del cinturón. A su lado, Sebastián se había convertido en una piedra quieta y pesada. Las pupilas de ambos eran cuatro pocillos temblorosos acomodados entre los resquicios libres de las cajas. Desde ahí, ¿cómo podrían ver a Jorge Baroudi entrando a tropezones a la tienda? Sí escucharon, en cambio, algo parecido a una serpiente: no sabrían que eran las lentejuelas de una falda arrastrándose por el piso oscuro. No pudieron ver a Jorge Baroudi vestido de traje tanteando los estantes en busca de una botella de licor, tampoco la mano que, blanquísima y alargada, se deslizó

por la pared tratando de encontrar el interruptor. No vieron el par de zapatos con la piel gastada intentando seguir el ritmo de unos tacones plateados bajo el silbido de una melodía. Entonces vino el mismo sonido seco que Emi escuchó el día que su madre cambiaba el foco trepada en una silla. El sonido de una nalgada.

“Jorrrge”, dijo entre risas la mujer.

Con la fuerza de un hipopótamo, algo cayó al suelo.

Clic.

La luz del pasillo llegó angosta a la bodega.

Los tacones plateados atravesaron el pasillo y acarrearón entre su tintineo el aroma de un perfume dulce que fue volviéndose más fuerte hasta que la bodega se iluminó con el crujido de un interruptor. Emi trataba de no moverse y al mismo tiempo mantenía las pupilas fijas en la ranura de las cajas. Los tacones caminaron hacia la izquierda, una puerta se cerró y, tras ella, otra luz se encendió. Adentro se abrieron las llaves de un lavabo, y el agua comenzó a correr como los pensamientos de los chicos escondidos tras las cajas.

Una canción triste en un idioma extraño arrulló toda la bodega.

Las llaves se cerraron.

“¿Ya está listo mi trago, Jorge?”, se escuchó de nuevo la voz, y la puerta se abrió. Las cuatro pupilas vieron un torso desnudo ir y venir de un lado a otro de la bodega. Emi cada tanto atrapaba el perfil redondo de un pecho, el brillo rosáceo de un pezón. El torso se detuvo frente a un espejo, y el reflejo finalmente la mostró: parecía un ave, una garza con ojos de lobo, algo que de pronto podría salir volando. La piel casi cristalina brillaba con escarcha repartida en cuello y mejillas, y no había pintura en sus labios. La rusa alzó los brazos para recogerse el cabello. Se quitó los pendientes y los asentó en la repisa junto a la botella de gasolina que Sebastián había dejado ahí.

Emi volteó a ver a Sebastián. Sus dedos, tensos entre las ranuras de las cajas apiladas, parecían sostener el peso de su respiración.

“¡Jorge!”, gritó la mujer.

Pasos de elefante retumbaron por el pasillo y entraron a la bodega. Una panza se acomodó tras el torso desnudo, y en el espejo rebotó la cara de Jorge Baroudi restregándose en el cuello de la rusa. Una botella de cristal se balanceaba en la mano del hombre, el ámbar traslúcido del líquido en agudo contraste con los vellos oscuros de la piel hinchada.

“Los Pozos cierra...” Jorge Baroudi dio un trago a la botella y echó un chorro entre los pechos de la rusa. “Pero acá sigue la fiesta”. Tomó a la mujer de la cabeza, la echó para atrás y le dio un lengüetazo en el cuello. “Mi Ludmila”.

“Jorge”, rió ella, y clavó los ojos en el espejo.

La mirada de Emi, tal vez, se cruzó con la de la rusa.

La falda negra resbaló por las pantorrillas de la mujer hasta rodear como un charco sus pies color mármol con ampollas en los talones. Las manos de Jorge Baroudi se apoyaron en el estante. Con la fuerza de los empujones, la botella de gasolina se balanceó cerca de la orilla.

“Jorge”, dijo la rusa, jadeando.

“Shhh”, dijo él. Sus manos apretaron los huesos de la cadera de ella como un panadero que manipula masa fresca.

“Jorge. Creo que... ¡Ay!”

Emi hubiera querido mirar a Sebastián y preguntarle en silencio qué hacer, pero ambos estaban perdidos entre la escarcha que, suave, se desprendía de la piel tibia de la rusa.

-----

## El aliento del diablo

*Atiende mi llamado con urgencia.*

Oración a San Expedito

Va empolvándose ahora la estampilla, haciéndose vieja, perdiendo color bajo la niebla de las telarañas detrás de los huacales en la esquina de una tienda. Las sandalias estilo romano del hombre dibujado en aquel pedazo de cartón fueron alguna vez besadas por el aliento del diablo, un aliento blanco que primero viajó por el aire cuando una mujer sacudió la estampilla frente a la cara de otra mujer para después correr y llegar a la tienda de una tercera mujer: rondarían las ocho de la mañana cuando Felicia sacaba de un costal cebollas, papas, pimientos que iba acomodando para formar una torre (con el vago gesto de quien prepara un altar) cuando a la tienda entró de pronto una mujer cargando un bebé. “Ayúdeme por favor”, gritó, y aventó al bebé en los brazos de Felicia como quien se deshace de algo abominable. Entonces se desprendió, de entre las frazadas que cubrían al niño, esa estampilla que flotó flotó flotó con el vaivén de una pluma hasta caer entre los tomates apilados en un cajón. Pero esto nadie lo notó.

En la televisión los noticieros anunciaron por la noche que dos minutos antes de llegar a la tienda de Felicia la mujer atravesó corriendo un parque, el

Parque del Queso, llamado así por una barda circular con huecos que recuerda a un queso suizo y resguarda un árbol milenario. Pero Felicia no sabía nada de la mujer en el momento que entró a la tienda, sólo pensó que huyendo vendría, de algún asaltante quizá. La pistola guardada en el mostrador, al fondo de un cajón entre libretas y rollos de periódico, no había sido usada nunca y no fue necesario ahora pues la mujer, después de darle al bebé, se desplomó en el suelo, lloró y habló:

“Mis senos están calientes por tanta leche”.

Dijo también: “Nueve horas. Nueve horas en trabajo de parto, tengo hemorroides por tanto pujar”.

No cuadraron las palabras en la mente de Felicia, acucillada junto a la mujer, pero la obligaron a levantarse y llevar al bebé a la bodega, acostarlo sobre una colchoneta después de hacer a un lado las revistas repetidamente hojeadas a la hora de la siesta. Tenía el niño aún el cebo en la nariz de todos los recién nacidos, y no lloraba.

“Por favor”, pidió la mujer cuando Felicia regresó a la parte delantera de la tienda. Revolvió su bolso y sacó un papelito que se humedeció con el sudor caliente de su mano. “Llámele a mi esposo”. Felicia descolgó el teléfono asentado en el mostrador, el cable rozó los costales de verduras al modo de un



gusano gigantesco y la estampilla sembrada entre los tomates se movió. Como si quisiera asomarse a lo que ocurría, el santo se mostró con más claridad. Bajo el peso de sus pies agonizaba un cuervo, el pico cubierto por un polvillo blanco. Enseguida, como si no aguantara su propio peso, la estampilla cayó atrás de los huacales, y ahí se quedó.

Unas diez veces quizá marcó Felicia el número anotado en el papel, pero le atendió siempre una grabación en un idioma extraño para ella. (Después explicaron los noticieros que el esposo estaba fuera de la ciudad, fuera del país, fuera del continente, desde varios meses atrás. Según demandaran sus necesidades migraba: había volado a los bosques de Europa nórdica para recolectar moras silvestres, y mientras sus manos iban convirtiéndose en un lienzo purpúreo, a diez mil kilómetros de distancia su hijo nació. Llegó este niño al mundo sin vida. El padre no lo supo sino dos semanas más tarde, el día que nos ocupa, cuando la policía lo contactó para anunciarle que su mujer estaba detenida en espera de juicio).

Aquel día en la tienda, la mujer le dijo a Felicia: Que al nacer ella pesó tres setecientos cincuenta, tres kilos con setecientos cincuenta gramos. Que esto no se le olvida porque durante mucho tiempo tuvo colgado en su casa el trapito con sus datos vitales bordados en punto de cruz, regalo de su madrina. Que calculó a partir de esto cuánto podría pesar el bebé del parque. Que pensó entonces en cosas que tuvieran el mismo peso de un recién nacido. Tres cartones de leche,

una bolsa de manzanas, siete libros, una sandía grande. Que ella podía, ella podía cargar todo eso mientras corría. Que perdón. Que esa mujer en el parque, siempre con su bebé. Que ella decía por qué, es injusto. Que su esposo la llamaba casi diario para preguntar cómo estaba su hijo y ella respondía que bien. Que una vez el esposo le dijo quiero escucharlo y ella frotó la bocina del teléfono contra la sábana para que él pensara que era su hijo moviéndose en la cuna.

Las palabras de la mujer se condensaron en la mente de Felicia como una ola que lejana e imponente primero se levanta, acumula agua en un recorrido feroz y llega al final a la orilla, donde revienta simplificada en espuma: “Se lo robó”, pensó Felicia. Y no se equivocaba.

La mujer, explicaron los noticieros, operó de la siguiente manera: en una estampa de San Expedito espolvoreó una sustancia tóxica conocida como el aliento del diablo. Salió al Parque del Queso, esperó a que la víctima estuviera en una zona poco concurrida para acercársele y preguntar, al estilo de una promotora de la fe, “¿Crees en Dios?” Enseguida sacudió la estampa muy cerca del rostro de la madre, que se desmayó al respirar el polvillo. En ese instante le arrebató al bebé y atravesó corriendo el parque hasta desembocar en la tienda de Felicia.

Un vagabundo, en la acera de enfrente, acurrucado entre sus cajas de cartón, la había visto entrar. Y eso fue todo lo que sus perseguidores necesitaron saber. Pum, la puerta se abrió de un golpe, y unas esposas rodearon las muñecas de la mujer, Felicia condujo a dos hombres a la bodega, entregó al bebé, firmó documentos, abrazó a la mujer, vio a todos salir, a todos alejarse, cerró la puerta y quedó sola otra vez, en silencio. Sus pasos –ahora los sentía pesados- la llevaron de vuelta a la tarea que la ocupaba, la construcción de un altar involuntario donde el aliento del diablo se hace rancio y se mezcla con los polvillos vegetales de la humedad para ir cubriendo al santo con el opaco velo del tiempo.

-----

## La Sargenta Informe de un bisoño

Miércoles  
1745

“¿Alguna vez ha golpeado a alguien?”

“No”.

“¿Ni de niño?”

“No”.

“¿Nunca le robaron el lunch, ningún escuincle le dijo a usted ‘tu mamá es una puta’ y salió corriendo?”

Miro el estacionamiento del Vips a través de un ventanal. Qué ganas de pararme de la mesa y dejar a esa mujer hablando sola.

La Sargenta se pasa una servilleta por los labios, delgados como ranura de alcancía. “Los jóvenes ya no aprenden las cosas básicas de la vida”.

La mesera viene con un té de manzanilla y una orden de pan tostado que acomoda coreográficamente frente a La Sargenta. “¿Algo más, doña Jackie?”

“Es todo, hija”.

La mesera pone la cuenta sobre la mesa y usa como pisapapeles un florero con un clavel de plástico. Se aleja meneando la cadera. Yo soy incapaz de hablar.

La Sargenta saca de su bolso un sobrecito de Stevia que vacía en el té. Me mira. “¿Su mujer, cómo está?”

“Ya bastante recuperada, gracias”.

Así que es eso. Se está cobrando el favor. Cuando en el centro de salud le dijeron a mi esposa que la lista de espera para trasplante de riñón rondaba los ocho meses, La Sargenta le consiguió turno para tres días después. Ahora me *propone* madrearme a Montes de Oca.

“Mándele mis saludos”, dice La Sargenta, y sonrío. Las arrugas alrededor de sus ojos y boca se intensifican bajo la luz inclemente del Vips.

Jacqueline Ganzo. Maestra de química, famosa por su minuciosidad para calificar. Usa plumas de colores para marcar diferentes errores y al devolver los exámenes adjunta siempre un análisis de dos cuartillas en el que evalúa el caso personal de cada alumno. En la secundaria se le conoce como La Sargenta. Yo enseñé matemáticas en la misma escuela, y una semana antes había sucedido lo siguiente:

Jacqueline Ganzo entró a la cocina de la sala de maestros. Para no saludarla, fingí buscar un tenedor en la alacena.

“Algún cerdo dejó todo salpicado con salsa de tomate” dijo al abrir el microondas.

Cubrí mi plato con una servilleta para que La Sargenta no lo viera, pues el “cerdo” era yo. Mi pasta boloñesa, la causante de la cerdada.

“¿Terminaste de calificar tus exámenes?”, dije para cambiar el tema.

Jacqueline metió la mano en el bolsillo de su uniforme y sacó un puñado de monedas que echó en la máquina de refrescos. “Voy a la mitad, me faltan cincuenta”.

La máquina silbó y La Sargenta pegó la nariz a la pantalla para leer las diminutas letras verdes. Volvió a buscar en su bolsillo. Sólo encontró un kleenex arrugado.

“¿Tienes dos pesos?”, me preguntó.

Se los di.

“Sube el refresco, baja el salario”, dijo La Sargenta como quien piensa en voz alta.

“El martes hay una junta”.

Jacqueline Ganzo sacó su tóper del microondas. Levantó la tapa y una cortina de vapor le empañó los anteojos. “Esas reunioncitas son una pérdida de tiempo”.

A todos los profesores de la Escuela Secundaria No.5 Adolfo López Mateos nos habían reducido el salario un treinta y cinco por ciento. Después de dos meses de juntas, votaciones, huelgas y cartas al sindicato, el asunto seguía igual. Mario Montes de Oca, el director, no había hecho sino demostrar su incompetencia.

Yo no quería alargar la conversación. Tomé mi plato y caminé a la puerta. Pero antes de salir, la voz de La Sargenta me rozó la nuca. El aire de su aliento erizó mi cabello recién cortado. “Montes de Oca lo que necesita es...”

Volteé. La Sargenta formó un puño que azotó contra la palma abierta de su otra mano.

No bromeaba. Tres días después de ese encuentro con La Sargenta, encontré en el buzón de correo, entre los recibos de luz, el periódico y el folleto de promociones del Wal-Mart, un sobre lila sin remitente con mi nombre rotulado a mano. Pensé que era otra invitación. Entre mis amigos, treintones como yo, explotaba el furor de las bodas. Me aguanté las ganas de abrir el sobre en el ascensor. De mi abuela aprendí que una carta se lee sentado. Entré a mi departamento, me serví café y rompí el sobre. Leí en tipografía de Olivetti:

*Apodaca:*

*Lo espero este miércoles a las 1715 en el Vips de Juan José Siordia para hablar sobre mi propuesta.*

Tres detalles me hicieron pensar que entre mis manos temblaba un mensaje de La Sargenta. 1. La escuela es el único lugar donde me llaman por mi apellido. 2. La Sargenta usa siempre el horario militar. 3. El mensaje era una carta escrita a máquina. No un mail. No un chat de celular. Una carta.

Era ella.

Y fui.

“Apodaca”. La voz de La Sargenta llega de lejos, como cabalgando en el jingle del *Bésame mucho* que envuelve todo el Vips. “¿Cuento con usted?”

“Sí”.

Miércoles  
2357

Meto la mano en el pantalón para ver la hora en el celular y la mezclilla queda manchada con la sangre de mis nudillos. Once cincuenta y siete de la noche. Veintitrés cincuenta y siete, hubiera dicho La Sargenta. Arredondo maneja. Vamos los dos en silencio.

Las cortinas metálicas de los negocios a lo largo del malecón muestran rayones, grafitis sin forma. Pinches vándalos, pensaría en cualquier otro momento. Pero ahora rayonear una cortina metálica me parece un simple juego de niños. Miro por la ventana. El mar se une con el cielo en un oscurísimo azul que no llega a ser negro.

Arredondo prende la radio. La voz de la mujer me perfora los oídos como un cuchillo frío. “Sesentaporcientodedescuentoentodaslas”.

La apago.

“Estuviste bien”, dice.



Claro que estuve bien. Siento la espalda entumida. Las manos me arden. Los pies me laten como si los zapatos me quedaran chicos. En ningún momento el hombre intentó defenderse. ¿Por qué no hizo nada?

El tic tic de las direccionales cuando Arredondo dobla en alguna calle y el motor del Chevy, que en cada alto demuestra falta de aceite, no logran interrumpir mis pensamientos.

“Él quería”, dice Arredondo. Pero su voz no suena segura. Al menos no tan segura como hace diez minutos. Frena en un semáforo. Un zapatito de bebé colgado del retrovisor se balancea como un péndulo en espera de mi respuesta. Trato de creer esas palabras. Él quería él quería él quería.

Bajo la ventana. La brisa húmeda me pega en la cara. “Voy a vomitar”.

Una mezcla de tequila, cerveza y jugo gástrico salpica mis zapatos. El agua del mar, aunque tranquila, parece vibrar con los retumbos que llegan lejanos desde El gato volador.

Miércoles  
2237

Cantina El gato volador. Refugio de malandros en el malecón de Chetumal. Existen leyendas sobre el lugar: un policía asesinado en el baño, un diler que se comunica con sus clientes a través de la rocola— *Stairway to Heaven* para cocaína, *Querida* para marihuana, etcétera. Hay una mesera chaparra y muy chichona (casi se le salen de la blusa), cabello rubio platinado, pestañas

postizas. También hay un tipo alto y mamado que atiende algunas mesas, pero sus manos callosas y su quijada cuadrada revelan que es gorila, que está ahí para deshacer cualquier pleito que surja.

No me extraña que Arredondo me citara en ese tugurio. Mi cuñado demuestra cierto gusto por lo cinematográfico cuando se trata de tener “conversaciones de hombre a hombre”. Son cerca de las diez de la noche y llegamos desde las siete de la tarde: hace rato que los cuatro volúmenes de alcohol de nuestras Indio han sido reemplazados por los cuarenta del Jimador, caballitos a pelo. Frente a nosotros, una televisión silenciada proyecta videos de Bandamax.

La pregunta de Arredondo se abre paso entre los gemidos de un reguetón: “¿Y tú qué ganas?” Se quita los lentes y los limpia con una servilleta. “A parte de pagar el riñón de mi hermana”.

Lo había llamado saliendo del Vips. Necesitaba consejo.

“Que me vuelvan a subir el sueldo. Eso gano”.

Arredondo me da tres palmadas en la espalda. Demasiado fuertes. Su pasado de carnicero le ha dejado la costumbre de asestar omóplatos con la misma fuerza de un cuchillo contra la res. “Eso no es seguro”, dice.

La mesera viene para cambiar el cenicero por uno limpio. Abro la segunda cajetilla de la noche, Arredondo me ofrece fuego. “Y lo sabes”.

Sí, lo sé. Con la excusa de los salarios, La Sargenta me está usando para vengarse de algún pleito pasado. No es ningún secreto que ella y Montes de Oca terminaron peleados por unas broncas con el sindicato de maestros.

“Voy a echar una firma”. Me pongo de pie. Sacudo la mezcla de cascarilla de cacahuate y ceniza de cigarro espolvoreada en mi pantalón negro. “Esto soy para La Sargenta”.

“¿Qué?”

“Un simple polvillo que manipula como quiere”.

Una servilleta hecha bola rebota en mi cara. “Ya déjate de mamadas”, dice Arredondo. “Vas a estar bien”.

Calculo el trayecto para llegar al baño. No hay forma de evitar la pista. Está sembrada en medio del salón como una flor psicodélica con puntitos de colores saltarines y parejas bailando banda. No importa qué música salga de la rocola. Los Doors, La Sonora Dinamita, El Tri: en este lugar todo se baila con el hombre agarrando a la mujer bien fuerte de la cintura, pasitos para'lante y pasitos para'trás.

El baño de El gato volador no tiene siquiera puerta: un roído pedazo de tela dizque cubre el hueco por el que escapan olores a vómito y orina. Alguien dejó abierta la llave del lavabo, pienso al escuchar el agua correr y no ver a nadie. O quizá la llave ni sirviera, nada raro en un agujero de ratas como este. El tufo a sobaco en el cuartucho es insoportable: en mi estómago se revuelven los

alcoholes de la noche. Cuando mis ojos se adaptan a la penumbra puedo hacer foco en la pared del fondo, y entonces lo veo. Parece fundirse con las manchas de humedad en los mosaicos, pues su torso está forrado con bolsas negras de basura. Es un hombre enjuagándose los brazos en el lavabo. Pienso en un ser de la prehistoria, con ese traje que le cubre el pecho y se dobla en la entrepierna como una especie de pañal. Desprende un vaho a mierda. Habla solo. La suciedad y el polvo acumulados en su cabello durante quién sabe cuánto tiempo han terminado por enredarlo en rastas que le cuelgan a ambos lados de la cara.

“Buenas noches”, digo.

Me siento estúpido. A ese hombre lo último que le importa es la corrección social.

No me responde. Ni siquiera me mira.

Me acomodo frente al mingitorio, mi cabeza es una pesa de cien kilos. Aparecen y desaparecen ante mis ojos los rayones en la pared: esta noche cena pancho, me gusta verte las nalgas, prohibido fornicar aquí. Frente a mí, a través de una minúscula ventanilla, el mar se muestra iluminado por la luna. Por atrás me llegan los gruñidos del vagabundo, el desmadre del bar. La propuesta de La Sargenta se mueve como un serrucho en mi cabeza. Sí-No-Sí-No-Sí-No.

El hombre sale del baño, yo tras él. Cruza la pista como si no hubiera nadie ahí, como si el mundo le perteneciera sólo a él. Nadie parece notarlo. O están todos muy entrados o esa presencia que para mí es extraña aquí resulta

familiar. De pronto lo envidio, su miseria lo ha vuelto imperturbable. Seguramente se reiría de mi dilema.

Cuando regreso a la mesa, Arredondo ya ha pedido otra ronda de tequila. “A la salud de mi hermana”, dice empujándose el caballito. “Vas a estar bien, tienes que hacerlo rápido, no pensar tanto”. Se arremanga la camisa, y la iguana tatuada en su antebrazo, con larga lengua de fuera, parece mirarme. “Lo importante es el primer madrazo. Después es como si tu cuerpo no fuera tuyo. No te das cuenta de lo que estás haciendo hasta el final”.

En la televisión silenciada un documental muestra el ataque de una bandada de cuervos a un elefante herido que trata de ahuyentarlos a trompadas. Cierro los ojos.

“¿Será que se muera?”, pregunto.

Arredondo ríe. “Pues depende de ti. ¿Quieres matarlo?”

“El elefante”, digo, señalando el televisor.

Arredondo mira la pantalla. “Si lo pican demasiado pueden hacer que se caiga, y ahí sí ya valió madres”.

Salimos del bar pasadas las once y media, abrazados, cantando *Cuarenta y veinte*. No hay un alma en el estacionamiento, que en realidad es un lote baldío iluminado por un farol: plantado en medio del terreno y delante del mar, recuerda un mástil de barco fantasma.

Arredondo se detiene junto a una caseta abandonada, puerta oxidada, ventana rota. Se baja el cierre del pantalón. “Me orino”.

“¿Por qué no hiciste adentro?”

“Cuñadito”. Revuelve con una mano mi cabello. “Aquí se toma, se baila, hasta puedes coger si quieres, pero jamás se orina. ¿Qué no viste los baños?”

El reflejo de la luna en el mar se transforma según el oleaje, pero lo que yo escucho es el chorro de orín caer sobre la tierra seca.

“Vamos”, dice Arredondo.

Y dentro de la caseta, alguien tose.

Arredondo me mira y se palpa el bolsillo del pantalón como si fuera a sacar un arma. Con un dedo sobre los labios me indica que no haga ruido. Levanta una pierna, la deja suspendida en el aire, le pega una patada a la caseta. La estructura de metal tiembla y dos pedazos de vidrio, triángulos invertidos que parecen dos colmillos colgando del marco de la ventana, se balancean y caen, revientan en el suelo.

Como no hay ninguna reacción, nos asomamos. Sobre un colchón formado por envolturas grisáceas, envases de plástico, trapos sucios y periódicos arrugados, reposa el vagabundo del baño. Es difícil reconocer si duerme o si sólo tiene los ojos cerrados. No dice nada, no hace nada. Su única respuesta a nuestro escándalo es reacomodarse y darnos la espalda para seguir descansando.

“Vamos”, me dice Arredondo.

Desactivo la alarma del auto. El bip bip se amplifica en el silencio de la noche. “Maneja tú”, le digo, y aviento las llaves al aire.

Arredondo enciende el motor. Yo reclino el respaldo del copiloto y cierro los ojos, estiro las piernas. Escucho que me dice algo sobre haber olvidado sus lentes en el bar, ahora vuelve. Azotón de la puerta. Aunque la brisa alivia el sudor que cinco horas de parranda han dejado en mi camisa, decido subir el vidrio. No quiero enfermarme. Con este pensamiento, me quedo dormido.

Un golpe al cofre me despierta de un salto. Abro los ojos. Enmarcado en la ventana tengo en primer plano el rostro del vagabundo. Costras de mugre invaden su frente y mejillas. Los labios reseco guardan saliva cristalizada en las comisuras. Sus ojos son amarillentos, grandes.

Me enderezo en el asiento y cierro los seguros. Cuando estoy a punto de pasarme al lugar del conductor para hacer avanzar el auto, la cara de Arredondo aparece junto a la del vagabundo. Con una seña me pide que baje la ventana.

“Sal”.

“¿Qué?”

“Que salgas”.

“¿Qué pasó?” Pienso que estamos en medio de un asalto. Tal vez el vagabundo amenaza a Arredondo con un vidrio roto. Así que abro la puerta del auto, sin apagarlo, y me bajo.

Quedamos los tres en línea: yo a la izquierda, Arredondo en medio y el vagabundo a su derecha. Veo que no hay ninguna amenaza, ningún vidrio roto.

Encorvado y forrado de bolsas de basura, el vagabundo parece un animal enfermo.

Arredondo me toma de un hombro. “Mira, cabrón”. Ahora extiende su otro brazo y toca el hombro del vagabundo. “Le voy a dar quinientos pesos a este güey y se va a dejar golpear”.

Me doy la vuelta. “Estás pendejo”.

“Quinientos pesos”, Arredondo me jala de la camisa. “Quinientos pesos. Él quiere”.

Miro al vagabundo, como si no creyera lo que Arredondo me acaba de decir.

“Está bien, carnal”. Su voz es rasposa, como si tuviera piedras dentro. “Nomás no me pegues en los huevos”.

Las palabras de Arredondo rebotan vacías en mis oídos. “En dos días tienes que dar una madriza, así que no te pongas de sentimental”.

No camino yo hacia el vagabundo. Viene él hacia mí. Las bolsas de plástico suenan como una piñata.

Las olas del mar se deshacen en la oscuridad. Impulsadas por la fuerza de mi primer golpe, las rastas se columpian, raspan ásperas mi mano. “Perdón”, digo, no sé si a él o a mí, y con un rodillazo en el estómago lo hago caer al suelo.

-----



## Santo Niño

*Y he aquí, tu parienta Elisabet en su vejez también ha concebido un hijo, y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril. Porque ninguna cosa será imposible para Dios.*

Lucas 1:36-37

La noche anterior el Santo Niño me habló en un sueño: “Llévame a tu casa”. Pero aunque llegué temprano, no pude cumplir su deseo.

Lo primero que recuerdo de aquel día es que al entrar a la iglesia el copal encerrado me golpeó los pulmones. Fue como si la respiración de un gigante me envolviera. Caminé hacia el altar principal, mirando de reojo a los santos que emergían de las paredes laterales. Eran varios, todos sujetos por pedestales clavados en la madera hinchada por el calor. Una mosca rondaba los floreros repartidos entre los pies descalzos de las estatuas, y este zumbido, junto con mi respiración, era lo único que se escuchaba. A la derecha del altar, acostado boca arriba con los ojos bien abiertos, el torso desnudo, los brazos y piernas alzados, el Santo Niño parecía pedirme que lo sacara de su caja de cristal.

Pero entonces las palabras “Disculpe, somos del rosario” me llegaron por la espalda y tuve que voltear. Deformada por la luz que entró por la puerta de pronto abierta, la silueta de la mujer me pareció una espiga que el viento hiciera flotar.

Cuando llegó a mi lado me di cuenta de que su delgadez era casi excesiva, aunque algunas pistas en su cuerpo, como los suaves pozos de celulitis en sus brazos, permitían adivinar que en un futuro tendría sobrepeso. Tan mal se adaptaban a la nariz, que sus gafas parecían prestadas. “El padre Marcos me dio una copia de la llave y...”

“No se preocupe”, la interrumpí. Acaricié la vitrina del Santo Niño. El trayecto de mis dedos rastrilló la película de polvo.

“Tenemos rezo esta semana”, dijo la mujer. Señaló con la cabeza a un grupo de señoras caminando en la nave principal. Seis o cinco, todas en silencio y con largas faldas amarillas que se arrastraban por el suelo con un sonido de arroyo.

Eran las seis de la mañana y sentí a la mujer muy cerca mío. Las pupilas tan amplias, que casi tapaban el iris, imprimían a su mirada una profundidad de hormiguero como la que a veces se forma en los ojos de los santos cuando las polillas carcomen la madera.

“Bendito Dios, bendito Dios”, dijeron las señoras al sentarse en las bancas delanteras. La mujer junto a mí dejó caer la cabeza, como si el cuello de pronto se reblandeciera.

Un par de cabellos me resbalaron por la frente. Los acomodé con la palma de mi mano, roja y llena de sudor.

“Bendito Dios”, dijo la mujer. Algo tronó en medio del silencio. Las dos volteamos a ver al Santo Niño. La mujer se inclinó para besar la vitrina y la

huella de sus labios quedó marcada en el vidrio. Después, no sé si me vio. Era difícil, por las gafas deformes, reconocer la dirección exacta de su mirada.

“Disculpe”, me excusé, señalando las paredes de los santos. “Necesito arreglar las flores antes de la misa”.

“Claro, claro”, dijo la mujer. Sacudió la cabeza como si regresara de algún trance y fue a sentarse con sus compañeras que, con los ojos cerrados y meciendo los pies, rezaban el Ave María.

“Ay ay aaaay”, gemían algunas de ellas, y el sonido de sus voces me llevó a un recuerdo: veinte años antes yo tomé un ascensor para llegar al sótano de un hospital. No sabía dónde descansar la mirada, así que me fijé en el perfil de la enfermera que me acompañaba. Asentía constantemente, como si respondiera preguntas que sólo ella escuchaba. Blanco y puntiagudo, su sombrero se movía con este balanceo, y tuve la sensación de una paloma que picotea maíz.

Un timbre sonaba con cada piso descendido. Varios botones habían desaparecido del tablero. En su lugar había sólo huecos tapados con servilletas sucias y colillas de cigarro.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Vacío, iluminado con tintes verduzcos desprendidos de tubos neón, el pasillo me generó una sensación espantosa.

“Sígueme”, dijo la enfermera, y caminamos quizá unos siete minutos. En la oscuridad yo me orientaba únicamente por el blanco de su bata. Pasamos junto

a una hilera de cuartos, todos con las puertas cerradas y las persianas bajas. La enfermera se agachó para amarrarse una agujeta suelta. Una rotura en la media color carne se extendía como un gusano a lo largo de su pantorrilla. En cuclillas y encorvada, desde arriba la enfermera me pareció una piedra pintada con cal. Tosió, y como supuse que le avergonzaría que yo viera su cara enrojecida, miré hacia otro lado. Fue entonces cuando descubrí que nos habíamos detenido frente a la única habitación con la puerta abierta. Dentro, acostado en una cama, un hombre semidesnudo con los huesos de la cadera tan picudos que casi perforaban el colchón, gritó “Ay ay aaay”. Una mano inyectó un líquido ámbar en uno de los tubos que, como enredadera, recorrían su cuerpo hasta llegar a la nariz. El hombre ladeó la cabeza, suspiró y nuestros ojos se encontraron.

Cuando tuve un puñado de pétalos secos en la mano me di cuenta de que las mujeres habían prendido incienso. El humo subía denso, espesado con la luz filtrada por los vitrales del techo. Los cánticos y el aroma dulce del incienso, mezclados con el agua fétida de los floreros, me hicieron sentir un mareo repentino. Apoyé un codo en la repisa de los santos y alcé la barbilla para respirar mejor: me topé con una cabeza coronada con hilillos de sangre que caían hasta la boca semiabierta. Dejé que la corriente de aire colada por una ventanilla me acariciara el cuello y las sienes. Reconocí el sonido de una pluma. Eran las mujeres: escribían cosas en pequeños papeles que después depositaban en la vitrina del Santo Niño a través de una ranura en la parte

superior. Blancos, llovían sobre la escultura para llegar al fondo de la vitrina y unirse a los papelitos arrojados por otros fieles. Un papel quedó atorado entre los dedos del Santo Niño. La mujer de gafas, con un gesto de la mano, hizo callar a las otras. Se peinó una ceja con el meñique. “El Santo Niño ha escogido un milagro”.

Y una sola voz, hecha de muchas voces, contestó: “A la milpa del Señor vamos, a la milpa del Señor vamos...”

“Vamos”, me dijo la enfermera cuando se dio cuenta de que yo miraba al hombre flaco. Puso su mano fría sobre mi hombro.

Llegamos frente a un ventanal tan nítido que parecía no estar ahí. Al otro lado podían verse decenas de cajones metálicos acomodados a manera de laberinto.

“¿Quiere entrar?”, dijo la enfermera.

Abrió la puerta y con un dedo me empujó por la espalda.

Un hombre casi tan bajo como un enano nos hizo ponernos un par de guantes azules.

La enfermera me guió entre el laberinto de cajones y nos detuvimos frente al número dieciséis. Dio un paso hacia delante y abrió el cajón. Ahí estaba el bebé. Su cabello no era lacio, algunos rizos le caían suaves en el cuello, algo poco común en un recién nacido. Diminutos pliegues inundaban sus brazos y

piernas. Un poco inflada, la panza ya no tenía el cordón umbilical. Sus ojos estaban cerrados para siempre.

“Sus labios... son morados”, dije.

La enfermera se mordió una uña. “Es normal”.

“¿Puedo tocarlo?”, pregunté.

Asintió.

El enano vino para decirle algo a la enfermera, y aproveché que no me veían para cortarle un rizo al bebé.

No supe cuándo salieron las mujeres de la iglesia. De pronto estaba sola con la de gafas. Parada de espaldas frente al altar principal, su sombra le caía por atrás como un velo de viuda.

Caminé para llegar junto a ella y decir “Hace tres meses pedí un milagro al Santo Niño”.

La mujer aplaudió en el aire. En su palma izquierda quedó prensado un mosco, deshecho y rodeado de sangre. Señaló una banca cercana. “¿Gusta sentarse?”

Cuando iba a hacerlo me tomó del brazo. “La madera está muy dura”, dijo.

Caminamos por los pasillos de la iglesia.

“La noche que pedí el milagro bajé las escaleras de mi casa tratando de no hacer ruido”. Me sacudí una piedrita que se había colado por la ranura de mi sandalia. “Porque mi esposo dormía”.

Los dedos de la mujer presionaron mi brazo y me atrajeron hacia ella. Me di cuenta de que su perfume era demasiado dulce.

Hubiera querido decirle: “Esa noche me tocó cocinar. Al aplastar con la espátula una chuleta dentro del sartén se desprendió un sonido agudo, como si el cerdo estuviera atrapado en el pedazo de carne. En ese momento supe que debía pedir un milagro al Santo Niño”.

Pero preferí no contarle esto porque sabía que, cuando nos despediéramos, ella se quedaría pensando en esa imagen. En cambio sólo dije “Tengo casi cincuenta años”.

Mientras caminábamos junto a las paredes, la mujer acariciaba los pies de los santos. “Para Dios nada es imposible”, dijo.

Yo trataba de no mirarla a la cara, pero cada tanto sentía la curiosidad de comprobar que sus gafas siguieran quedándole grandes.

“En el papelito que eché en la vitrina del Santo Niño pegué un mechón de cabello que tenía guardado desde hace veinte años”. Al decir esto se me escapó de la boca un poco de saliva. “La cinta adhesiva estará amarillenta ahora”.

“Por eso el olor”, dijo la mujer. Y se detuvo.

Sentí que ella quería que me quedara callada, así que alcé la cabeza para mirar a una Virgen a mi derecha. Una telaraña unía las pestañas postizas de ambos ojos.

“Hoy había un olor raro en la vitrina”, dijo la mujer. “Seguro es el cabello que usted echó ahí”. Me soltó el brazo para acomodarse la falda. Noté que del extremo de su camisa, a la altura de la muñeca, salían vellos espesos.

“Mi esposo”, dije. “Él no creía que yo pudiera quedar embarazada otra vez. Hace veinte años...”

“Shh”, me interrumpió, y señaló una mesita de metal llena de veladoras. “No explique nada”. Se quitó las gafas para limpiarlas con la tela suelta de su camisa. “Ya serán casi las siete”.

En ese momento pude haberla mirado a los ojos, pero no me atreví.

“Si me permite”, dijo, volviendo a ponerse las gafas. Me hizo a un lado y se paró frente a la mesita de las veladoras. De su bolso sacó una caja de cerillos y prendió dos. Yo noté que había sido ella la que, al respirar con fuerza, las había apagado segundos antes.

“Vamos”, me dijo la mujer, y caminamos juntas por la nave principal. El confesionario, vacío y con la madera gastada, se me figuró como un instrumento viejo tocado por distintas manos a lo largo de muchos años. El sonido de las palomas acurrucadas en una ventana me recordó que pronto comenzarían a llegar las personas para la misa de siete, así que doblé en el pasillo de los santos para terminar de arreglar las flores. Los pasos de la mujer se amplificaron en el silencio cuando subió las escaleras del altar. Su mano rozó la vitrina del Santo Niño, y su silueta, alejándose de mi vista, fue volviéndose más y más



delgada hasta transformarse en un punto difuso que desapareció entre la penumbra de la iglesia.

-----

## Yo sólo bailo

“Este perro es de pelea”, dijo el veterinario. Con unas pinzas desprendía fragmentos del collar de púas encarnado en la piel del animal. Laura trató de concentrarse en el calendario sobre la pared, un fotomontaje de un gato deslizándose por un arcoíris, pero un ladrido la hizo volver la cabeza y encontrarse de nuevo con el perro, que la miró con ojos enrojecidos. Algo parecido le pasaba con las películas de terror: cuando hay escenas feas que no quiere ver, las ganas de verlas se vuelven insoportables.

“¿De dónde lo sacaron?”, preguntó el veterinario.

“Lo encontramos en el parque”, dijo Pablo. “Creemos que se escapó porque traía la correa arrastrando”.

“Los pitbull son usados para pelear”, repitió el veterinario, como si diera una clase pública. Sacó de un frasco una bolita de algodón que remojó en un líquido violeta. “Por eso les cortan la cola”.

El veterinario comenzó a desinfectar las llagas esparcidas por el cuerpo blanco del perro. El muñón del rabo, ancho y pequeño como un kiwi, vibró con movimientos rápidos y cortos, como una larva que quisiera romper su cubierta.

“Mamá nos va a matar”, dijo Laura al salir del consultorio. Su hermano llevaba al perro de la correa. La violeta de genciana encima de cada herida lo hacía

parecer un muñeco de peluche salpicado de betabel. Caminaba lento, apoyando sólo tres patas. “No le gustan los perros”.

“Se va a llamar Jagger”, dijo Pablo.

Laura odiaba esa maña de su hermano: contestar cosas como si no estuviera escuchando lo que se le decía.

El sábado desayunaron hotcakes, tradición familiar, aunque Laura había pedido waffles. Siempre quería waffles. El siguiente diálogo era un rito repetido semana a semana.

“¿Por qué nunca hacemos waffles?” (Laura).

“Para eso se necesita una wafflera, y es cara” (La madre).

“La masa es la misma. Sólo cambia la forma” (Pablo).

“No quiero perros en esta casa”, dijo ahora la madre al final del desayuno. Tomaba café y reforzaba las lentejuelas bordadas en un leotardo. “Son muy sucios”.

Laura pasó un pedazo de hilo por el ojo de una aguja que le dio a su madre. “Puede estar en el patio. Pablo y yo vamos a limpiar”.

De por sí Laura y su hermano eran los que mantenían en orden la casa. Su madre trabaja todo el tiempo, de día en una tienda de ropa y de noche en Los Pozos, un cabaret.

“Una semana”, pidió Pablo desde la cocina. Le había tocado lavar los trastes. “Una semana de prueba”. Si su padre estuviera ahí sería todo más fácil.

Un fanático de los perros. Pero había muerto de cáncer, Laura y Pablo apenas unos niños.

“Una semana”, respondió la madre. Sabía que sería más tiempo, y estaba bien. Sonrió con unos dientes tan blancos como el pelaje del perro echado a los pies de la mesa.

El patio era una plancha de cemento en la parte trasera de la casa, con una palmera en el medio y un alto tubo amarillo clavado en una esquina. Según el vecino, los inquilinos anteriores habían tenido juegos infantiles hasta que la fuerza de un huracán dejó sólo ese pedazo de metal que alguna vez formó parte de un columpio. A Laura le gustaba treparse al tubo y practicar las acrobacias que Agustín Quintana, el coreógrafo de Los Pozos, le enseñara un año atrás:

La madre de Laura había empezado en Los Pozos como mesera, pero sus caderas amplias y su rostro de antílope no tardaron en convencer al dueño de ofrecerle trabajo como bailarina. La madre no tenía experiencia en baile de cabaret, y el coreógrafo de Los Pozos, el cubano Agustín Quintana, la entrenó durante dos meses intensos. Un día vino a comer a la casa. Después del postre, Laura quiso mostrarle a Jagger. Cuando vio el tubo en el patio, Agustín Quintana gritó: “¡Coño, Samira! ¡Pero si acá tú puedes practicar!”

La madre sólo rió.

“Ven”, le dijo Agustín a Laura, y ella dejó que el hombre la cargara.

“Abraza el tubo con las piernas, como si fueras un chango”, dijo él.

Laura volteó a ver a su madre.

La madre asintió con la cabeza.

Con el calor atrapado en el metal, Laura sintió arder sus muslos desnudos, pero se aguantó las ganas de gritar.

“Ahora échate para atrás”, dijo Agustín Quintana.

Esa fue la primera vez que Laura miró el cielo y los árboles al revés. Tenía diez años y a su lado Jagger ladraba, restregaba el hocico húmedo en su cabello.

Al final de la tarde Pablo y Laura hicieron la tarea en la sala. La madre y Agustín tomaron café en el comedor. En un momento Laura se levantó para ir al baño y al cruzar el pasillo escuchó la voz del hombre: “¿Te están pagando bien por los privados?”

El día que su hermano llegó con el uniforme manchado de sangre, Laura estaba en casa. Había fingido un dolor de panza para faltar a la escuela. Sentada en el sofá frente a la televisión, escuchó entrar Pablo.

“¿Sacamos a pasear a Jagger al rato?”, dijo ella a modo de saludo.

Un azotón de la puerta del baño fue la única respuesta.

Laura bajó el volumen de la televisión y afinó los oídos: sólo distinguió el agua de la regadera.

Quince minutos después Pablo salió con el cabello peinado hacia atrás y un moretón en el labio superior.

Laura saltó del sillón. “¿Qué te pasó?”

“Tráete la correa de Jagger”.

Casi no sacaban al perro. En internet se leían cosas horribles sobre los pitbull. Saltan directo al cuello de su presa y con la fuerza de sus mandíbulas la sacuden hasta matarla. Enemigo de los niños. Asesino de gatos. Para Laura, nada de esto se parecía Jagger. Lo único raro que el perro hacía era correr por todo el patio sin parar. Era como si la fuerza de diez caballos estuviera atrapada en su cuerpo. También masticaba los cocos desprendidos de la palmera hasta convertirlos en una bola de fibra llena de baba pegajosa.

Pero un par de veces el perro había logrado escaparse. La reja que daba a la calle no era muy alta, y gracias al vecino, que tenía un taller mecánico a un lado del patio, Jagger no llegó muy lejos en ninguna de sus fugas. “Ven aquí”, le dijo una vez el vecino a Laura cuando fue a entregarle al perro con manchas rojas en el hocico. La llevó a un callejón que dividía la casa con el taller. Rodeadas de plumas y sangre, dos palomas degolladas supuraban vísceras sobre el pavimento. Las cabezas estaban a un lado, una sin pico, otra con un solo ojo. Laura levantó las palomas con una escoba y las tiró en el contenedor de basura. Ese día comenzó a pensar que tal vez el patio era un espacio demasiado pequeño para Jagger.

“Tráete la correa”, le repitió Pablo ahora. Laura se había quedado hipnotizada viendo la herida en la boca de su hermano.

Salieron juntos al patio. Laura encadenó la correa al collar de Jagger. Un jalón del perro le cimbró el hombro.

“Yo lo llevo”, dijo Pablo.

Caminaron los tres al malecón.

El mar tenía un color chocolatoso, húmedo, el aire olía a sal. Una mujer con ropa deportiva y un french poodle se acercó trotando a los hermanos. Apoyó una mano en la cabeza de Jagger.

“Hermoso”. Daba saltitos en su lugar, como si el piso estuviera demasiado caliente y le quemara los pies. “¿Su nombre?”

Jagger ladró. El french poodle se convirtió en una bolita de algodón que se arremolinó a los pies de su dueña.

Pablo tiró de la correa y Jagger tosió por la fuerza con que el metal apretó su garganta.

“No tengas miedo, Toti”. La mujer cargó al french poodle y en ese momento Jagger se paró en dos patas ladrando con furia, como si viera algo en el otro perro que Laura, Pablo y la mujer fueran incapaces de ver. Pablo apenas alcanzó a frenarlo antes de que se abalanzara sobre el french poodle.

“Dios mío”, jadeó la mujer. “A esta bestia hay que comprarle un bozal”. Se dio la vuelta para alejarse por donde había llegado.

Jagger vomitó un líquido amarillento.

“¿Qué es eso?”, dijo Laura. La viscosidad se mezcló con el pasto seco que sobresalía de entre las ranuras del piso. “Regresemos a la casa”.

Pablo señaló un rincón rodeado de mangle a la orilla de la bahía. “Vamos ahí”.

Amarraron a Jagger al tronco de un árbol y se acomodaron junto a unas rocas grandes con huecos llenos de agua estancada donde flotaban latas de cerveza y envolturas de comida. Había un intenso olor a orina.

“Me madreé a Jacobo Handall”, dijo Pablo. Tenía la cabeza fija frente al horizonte, como si le estuviera hablando al agua.

Detrás del aroma pútrido, el mar se extendía amplio y profundo.

Laura volteó a ver a su hermano. “¿Por qué?”

“Se encabronó porque le metimos un gol”. Pablo aventó al agua una piedrecita que rebotó en una lata de cerveza. “Me gritó frente a todos que mamá era una puta”.

Laura miró a Jagger. Aunque parecía dormir, el muñón de la cola delataba su alerta. “Pero un cabaret...”

“... no es lo mismo que un prostíbulo”, completó Pablo a coro. Habían aprendido la frase un año atrás, cuando la madre los sentó en la sala para explicarles su nuevo trabajo. “Yo sólo bailo”, había dicho la madre.

Pablo se puso de pie. “Vamos”.



Caminaron sin hablar. Sólo Jagger hacía ruido, sofocándose por la tensión de la correa.

Cuando llegaron a la casa, Laura y Pablo le sirvieron agua a Jagger.

“Bilis”, dijo Pablo, acariciando el lomo del perro.

“¿Qué?”

“Lo que vomitó es bilis. Por coraje. A veces lo hacen. Lo leí en internet”.

Para Laura, Los Pozos era: la escarcha en el cuerpo de su madre, una montaña de pasadores en el baño muy temprano en la mañana, Agustín Quintana y sus palabras sin eses, latas de spray para el cabello alineadas en la repisa del baño, el ruido de la puerta a las dos de la madrugada entre semana, seis en fin de semana, un paquete de pestañas postizas en el bolso de su madre encontrado por accidente al momento de buscar unos chicles, una página de lencería en el historial de búsqueda de la computadora y la fuente de cocodrilos en la glorieta frente al local.

No sería difícil decir que tenía un trabajo en equipo para poder ir a Los Pozos. Había mentido con esa excusa antes, el día que se juntó con dos amigas para rasurarse por primera vez. Cuando a la mañana siguiente su madre la fue a despertar, lo único que dijo al sentir sus piernas lampiñas fue “Tonta. Ahora vas a ser esclava del rastrillo”.

Los Pozos abría a las ocho, pero las bailarinas comenzaban a llegar desde las seis. Lo sabía porque su madre venía a las dos de la tienda de ropa, y en tres horas su presencia se multiplicaba por la casa: almuerzo, siesta, ayuda con las tareas, ver algo en la televisión, hablar por teléfono, cualquier cosa hasta las cinco, momento de tomar un baño, agarrar el bolso, salir, caminar tres cuadras y esperar el 56, ruta Mercado Viejo – San Martín.

Las puertas del 56 se abrieron y el conductor tuvo que preguntar “¿Vienes?”, para que Laura reaccionara. Era la primera vez que viajaba sola en colectivo. Recorrió el pasillo en busca de un asiento libre, y la palabra *rabovverde*, que Pablo y su madre le repetían hasta el cansancio cada que iba sola a la tienda de la esquina, no dejó de rebotar en su mente con cada hombre que miraba. Se acomodó en la penúltima fila, junto a la ventana.

El camión arrancó. La ciudad, opacada por los rayones de la ventana, patinó frente a las pupilas de Laura: la panadería La Gracia de Dios, los Helados de Don Nacho, el Pollo Brujo con las volutas de humo saliendo por los asadores... Laura había pasado por esos lugares casi siempre acompañada por su madre, o por Pablo, o por sus amigas. Ahora estaba sola.

“¿Puedes abrir la ventana?” La petición del hombre que llegó a sentarse a su lado trajo de vuelta el motor grosero del camión, las toses, la radio del conductor.

Laura obedeció y clavó los ojos en los cuadritos de su uniforme. ¿Así era como los *rabo-verde* empezaban contacto con alguien? ¿Pidiéndole que abriera la ventana? Un mosquito insistía en volar alrededor de su cara, y en cualquier otro momento Laura lo hubiera asustado de un manotazo, pero ahora no. Sentía que debía quedarse quieta para que el hombre se olvidara de su presencia. Sin levantar la cabeza, Laura lo miró de reojo. Chateaba por celular con un tal Manuel. ¿Ya comiste?, decía un mensaje. ¿Ya hiciste la tarea?, decía otro. Su madre también le mandaba este tipo de mensajes. El hombre entonces le pareció normal. Laura sintió algo similar a la vez que abrió un regalo de cumpleaños para encontrar una simple piedrecita. Era una broma de Pablo, después vino el regalo de verdad, pero ella se quedó con esa sensación de engaño, esperar algo y encontrar otra cosa menos emocionante.

Se bajó en la fuente de los cocodrilos. De día y con la luz del sol, sin los tubos neón parpadeando sobre la pintura, el verde pistache de la fachada de Los Pozos se revelaba blancuzco, gastado por el tiempo. Laura cruzó la calle para estudiar el local. Había sólo dos maneras de entrar: la puerta principal y la de servicio, que daba a un estacionamiento vacío excepto por una pickup que parecía estar ahí desde la eternidad, el cofre corroído por la intemperie. A un lado del estacionamiento, una malla ciclónica rota bordeaba el inicio del terreno colindante. Laura se acomodó ahí. Necesitaba ver sin ser vista.

El sol hacía temblar todo. El piso, el bote de basura, la señal de ALTO en la esquina de enfrente. Un camión de Coca-Cola entró al estacionamiento. Un hombre bajó, y un par de piernas abrieron la puerta de servicio. El torso era indistinguible por la oscuridad del interior. El hombre descolgó de la parte trasera del camión un diablito donde apiló varias cajas de refresco. Entró al local, la puerta quedó abierta. Como una gacela, Laura se deslizó tras él.

Lo primero que la sorprendió fue el olor a cigarro atrapado en la oscuridad. Estaba en un pasillo. A su derecha, aunque apagado, el salón principal brillaba con espejos y pisos transparentes. Laura acarició el terciopelo de un sillón y una voz de hombre llegó de algún lugar inubicable: “¿Por qué están sucios los ceniceros?”

Laura se quedó quieta, una esfinge en espera de que la voz regresara.

Nada.

Caminó de puntillas y entró al primer cuarto que encontró abierto. Trajes, colgados en diferentes racks, la hicieron pensar en envolturas de dulces gigantes. Empotrado en una pared, un tocador atravesaba todo el camerino. Según como cayera la luz proveniente de una hilera de ventanitas altas, casi pegadas al techo, el espejo alteró la imagen de Laura conforme recorrió el tocador. Iluminó primero su frente, luego su boca, al final sus ojos. Gente con labios y cabello de diferentes colores, mujeres sentadas en piernas de hombres y mesas sembradas de botellas se presentaron ante Laura en forma de

fotografías pegadas en el espejo. Una imagen era diferente a todas: dos niños en la playa acompañados de una mujer con sombrero y vestido de flores que abrazaba a un hombre con canas. La fotografía hizo que Laura se acordara de la primera vez que acompañó a su madre al banco. Las atendió un hombre que las hizo pasar a su oficina, y Laura se distrajo viendo los portarretratos alineados a la orilla del escritorio. Le pareció extraño que el hombre de traje y cabello engominado que le explicaba a su madre cosas de números que ella no entendía, fuera el mismo hombre que en las fotografías aparecía con ropa deportiva junto con un equipo de fútbol, o en la playa con un bebé sentado en sus piernas, o comiendo un helado.

Había también varias fotografías de su mamá. En algunas traía el cabello suelto, en otras recogido y adornado con cintas o coronas. A veces con ropa normal, otras con leotardo y tacones, o con ramos de flores junto a señores de traje, como el hombre del banco. Una de las fotos la mostraba enfundada en un traje negro, pegado y brillante. Sostenía una correa encadenada al cuello de un hombre desnudo, en cuatro patas como un perro. La garganta de Laura se hizo angosta como un embudo.

Una voz de mujer se escuchó cerca. “¡Ahorita me paso a los baños!”

Laura corrió a esconderse al primer rincón que pudo, atrás de un tanque de gas empotrado a una repisa. Tuvo que acuclillarse para que sus ojos quedaran a la altura de una ranura que le permitía observar lo que pasaba. Entró una mujer gorda que caminaba con dificultad. Sus manos acomodaron frascos,

brochas y listones salpicados en el tocador. La mujer roció por todo el cuarto un spray con olor a lavanda y se fue.

El lugar quedó en silencio.

Con las rodillas entumecidas, Laura se preparaba para salir cuando dos voces más irrumpieron en el cuarto.

“¿Quinientos pesos?”, dijo una voz.

“Para veinte personas”, respondió la otra voz.

Las mujeres colgaron sus bolsos en un perchero y se sentaron frente al tocador.

Una, de ojos rasgados, comenzó a deslizar sobre su cuello y pecho un tubo de brillantina. La otra, de cabello corto, apoyó las piernas en la repisa del tocador, se puso aceite en las manos y se masajeó las pantorrillas.

“A Beto no le gusta que usemos eso”, dijo la de cabello corto. “Según él los clientes se quejan de que la ropa les queda toda manchada de escarcha”.

“Eso que se lo prohíba a las nuevas”. El tubo de brillantina subía y bajaba por las líneas del escote como un trineo por las montañas. “A mí nadie me va a venir a decir cómo hacer mi trabajo”.

La de cabello corto se levantó para limpiarse las manos con una toalla colgada junto al tanque de gas. Laura trató de contener la respiración y concentrarse en los pies descalzos de la mujer, uñas pintadas de azul, pulgares decorados con una piedrecita en forma de estrella. Pero cuando sintió una gota fría y gruesa en el hombro gritó: una lagartija había caído del techo.

“¿Quién es?”, preguntó con naturalidad la de ojos rasgados, como si encontrar gente escondida en el camerino fuera cosa de todos los días.

La de cabello corto se asomó tras el tanque y vio a Laura con su uniforme de secundaria.

“Una niña”. Se dirigió a Laura. “Sal”.

Laura obedeció.

La mujer de ojos rasgados se acercó. Olía a vainilla y las lentejuelas de su bikini que estaban a punto de caerse parecían ojos colgantes. “¿Quién eres?”, dijo.

“Soy hija de Samira”.

Las dos mujeres se voltearon a ver. “¿Samira?”, dijeron al mismo tiempo.

“Samira Gutiérrez”, dijo Laura.

La de cabello corto le dio un golpecito en el hombro a la de ojos rasgados. “La Crista”, dijo. “Es hija de la Crista”.

Laura nunca había escuchado que a su mamá le dijeran la Crista.

La de ojos rasgados la llevó a una silla junto al tocador. “¿Qué haces aquí?”

“¿Qué haces aquí?” Su madre la había arrinconado en una esquina para tener un poco de privacidad, algo difícil en el camerino ahora lleno de mujeres transformándose con joyas y colores.

Laura bajó la mirada.

“¿Cómo viniste?”

“En el 56”.

Con dos dedos, la madre tomó la barbilla de su hija e hizo que levantara la cabeza.

“Si el dueño se entera de que estás aquí me corre y le cierran el negocio”, dijo. Las palabras que siguieron rebotaron en Laura como la tecla de un piano en un cuarto vacío: “Una niña no puede estar aquí”.

La madre hizo caminar a Laura hasta el extremo del tocador. “Quédate aquí”. Jaló una silla. “Y no te muevas”.

“¿Puedo verte bailar?”

“¿Ya comiste?”

Con la respuesta de su madre Laura entendió que no, no podía verla bailar.

El camerino pronto se vació, la bulla se movió fuera de cuadro. Desde su rincón al final del tocador, comiendo unos tacos al pastor que la señora de la limpieza le llevó, Laura fue testigo ciega de los despliegues de su madre y compañeras en el escenario. Alcanzaba sólo a escuchar gritos, aplausos, silbidos mezclados con la música.

En el ir y venir de las mujeres a lo largo de la noche, Laura se comportó como un mueble callado y estático, aunque sus ojos no dejaron de vibrar. Vientres colgados, cicatrices de cesárea, muslos y nalgas con celulitis, acné: no



todas las mujeres que Laura vio aquella noche eran tan hermosas como su madre.

Los trajes fueron cambiando al ritmo de las manecillas de un reloj colgado en la pared, y los leotardos con lentejuelas que a Laura le eran familiares se diluyeron en diminutos bikinis, hilos de licra asfixiados entre los glúteos, corpiños menos gruesos que sus dos meñiques juntos. La madre finalmente apareció. No entró al camerino. Con el torso desnudo y billetes atrapados entre el elástico negro de la tanga, se quedó hablando con una mujer en la puerta. Laura quiso apartar la mirada, pero algo le impidió mover la cabeza hasta que su madre desapareció.

Cuatro de la mañana. Laura miró el reloj y se imaginó en su cama, con la sábana flotando bajo el aire fresco del ventilador. Apoyó los brazos en la repisa del tocador y cerró los ojos. Desde el pasillo llegaron voces. Laura contuvo la respiración, trató de entenderlas.

“¿Cuántas quedan?”

“Clientes de Belice...”

“No sé. Yo ya me voy”.

“¿Vino Samuel Thompson?”

“Los de la barra dijeron que la propina...”

“Con la Crista... en el 6”.

“Ella puro billetudo...”

Las mujeres siguieron hablando, sus voces se colaron suaves entre los brazos cruzados de Laura, y ella fingió dormir hasta quedarse dormida.

“¡A desayunar!” La voz de la madre atravesó la puerta del cuarto. Al salir, Laura se topó con un zape de Pablo. El olor dulce de los hotcakes inundaba toda la casa.

Laura tenía miedo de asomarse a la cocina. Imaginaba que su madre estaría diferente, que la miraría con ojos pesados, algo que codificara un mensaje secreto entre las dos y que fuera un reproche por lo del día anterior. Pero la encontró en bata y descalza como todos los sábados, la radio encendida, el cenicero sobre la cornisa de la ventana con las dos colillas de rigor, porque hay que fumarse uno al despertar y uno antes de cocinar, había escuchado Laura una vez a su mamá. El plato con tocino y los tres jugos de naranja ya estaban acomodados en la mesa.

Laura no habló en todo el desayuno, tratando de encontrar en su madre gestos que la delataran y descubrir que estaba fingiendo como ella, pero parecía la de siempre, diciendo “shhh” cuando quería escuchar algo en la radio, sujetándose el cabello con una pinza para después soltarlo de nuevo, sirviéndose miel en cada bocado de hotcake en lugar de echársela al hotcake completo, como Laura y su hermano hacían.

“Y ora tú”, dijo Pablo. Se quitó los anteojos para limpiarlos con la playera de la pijama. “¿No vas a pedir tus waffles?”

El hotcake se volvió arena movediza en la boca de Laura.

La madre pronunció su línea. “Para eso se necesita un wafflera, y es cara”.

Antes de que Pedro completara el guión, Laura dijo: “Que la compre Samuel Thompson”.

Cualquier respuesta de la madre fue demasiado lenta y no logró alcanzar a Laura, que en dos segundos ya estaba atravesando el patio, los jadeos de Jagger pisándole los talones al abrir la reja, y dos cuerdas más tarde, al doblar en el malecón y recibir la brisa fresca, amplia, Laura y Jagger corrieron con la fuerza de diez caballos.

-----

## Los Gabrieles de Sarandí

Pistola, chaleco antibalas y macana, el radio en el pecho muy cerca de la clavícula, encendido y listo para pedir refuerzos o solicitar autorizaciones: así se prepara el oficial Héctor Lavaza todas las mañanas después de poner la lavadora y dejarle comida al gato. Entonces sube al auto manejado por su compañero Misael Duarte que lo espera frente al jardín, el noticiero de Milena Efrén a un volumen quizá demasiado bajo, intimidado por los rasguídos del motor que no ha recibido mantenimiento durante años: ahora son dos con pistola, chaleco antibalas y macana, equipados para una visita domiciliaria. Tan chavos y ya están de rateros en lugar de ponerse a trabajar, dice Duarte, que se muere por encender un cigarro pero al menos esta semana no puede, la circular que anuncia “Todas las unidades deben estar libres de humo de tabaco” es todavía demasiado reciente. Quizá dentro de unos días, cuando la advertencia fresca de una nueva circular apabulle a la anterior, podría acercarse el fuego a su Marlboro mientras escucha la voz de Lavaza, como ahora que le está diciendo: Mi abuelo tuvo durante más de treinta años una bodega de construcción y jamás le entraron a robar, mucho menos dos escuincles que se queman por cinco cajas de mosaicos y veinte paquetes de clavos. Quince años tiene este, va en segundo de secundaria, aclara Duarte bajando la ventana porque de pronto el aire le ha parecido demasiado caliente. Da lo mismo, dice Lavaza, dos años que diferencia van a hacer, cuando naces ratero te quedas ratero por más que

estudies, o como diría mi difunta madre aunque la mona se vista de seda mona se queda. Tercer robo en dos meses y no han podido entamar al escuincle, un tal Gabriel, responde Duarte, que atraviesa el brazo para sacar de la guantera una carpeta con la leyenda “Expediente 2973” rotulada a mano. No hay pruebas, el video de la cámara de seguridad no muestra el rostro, añade, y ofrece el expediente a su compañero. Ya veremos cómo se le pone la carita nerviosa con nuestras preguntas, dice Lavaza abriendo la carpeta y mirando la foto de un niño con cara de adulto o un adulto con cara de niño. Duarte activa la direccional para doblar en Sarandí, árboles casi sin hojas rodean a dos viejos que interrumpen en una banca la lectura del periódico para voltear a ver la patrulla que atraviesa lenta la calle sin detenerse todavía en ninguna casa. Es al fondo, dice Lavaza, agachando la cabeza para buscar la fachada 236 que el GPS insertado en el tablero les marca como destino. Diferentes números desfilan ante los ojos de los oficiales conforme la patrulla avanza, algunos pintados a mano, otros inscritos en placas de metal clavadas en la pared, uno más, el 876, acompañado de una sonriente tortuga de cerámica con “Bienvenidos, mi casa es su casa” escrito en el caparazón, y ahí, si los oficiales se detuvieran y entraran –pero no, siguen de largo- encontrarían al quinceañero que buscan, desayunando jugo y huevos revueltos con naturalidad trabajada, pues mientras sonrío y habla con su abuela sobre los exámenes finales sabe que su visita no es casual ni proviene de una euforia por convivir en familia: le dieron el pitazo de que la policía lo anda buscando. Pinche Julián coyón, los cacharon a los dos robándose mosaicos de

la bodega de la secundaria, él pudo escapar pero su primo no, y por miedo o por culero lo delató, dio su nombre y coordenadas, y ahora la policía quiere hablar con él. Fue corriendo a casa de su abuela apenas se enteró, dejó a la Caro sola con esa panzota, ya casi ni puede caminar y prefiere dormir sentada porque cualquier otra postura le estorba, y así la dejó, arrugada en el sofá de la televisión. Ahora vuelvo mi amor, dijo él sin explicar nada más. Ella nunca exige detalles, sabe pero no sabe porque prefiere no preguntar de dónde viene el dinero que él siempre trae a casa. ¿Quieres más huevo, Gabriel, o un poco de frijoles? Gracias abuela, estoy bien, lo que sí te acepto es un cafecito. Qué tendrá este muchacho, piensa la abuela mientras busca la leche en el refrigerador. No es normal que venga así nomás, quizá su mamá lo habrá obligado, ¿o me irá a pedir dinero? No le pienso dar ni un peso. ¿Lo tomas con azúcar, corazón? Así solito, abue, responde Gabriel desde el comedor, de pronto quiere encender la tele sólo por hacer algo, comentar con su abuela las noticias, o el Ventaneando con Paty Chapoy, cualquier cosa que le permita quedarse en casa de su abuela, así, sentado e inmóvil tal y como ahora está Caro en el sofá, unas cuantas cuabras adelante sobre Sarandí, en la casa número 236, aburrída y sudando la redondez de su barriga, dormitando de a ratos incluso con las maldiciones gritadas de Laura en América. ¿Ya habrá empezado el programa de cocina que le gusta? Su mano reptante por el sofá, roza una quemadura de cigarro -pequeño pozo abierto en la tela sucia y verde- topa con el control remoto y con el pulgar presiona el siete y luego el tres. Pero

entonces ay, un hilo de sudor le escurre desde la cadera, reptando por la pantorrilla hasta llegar al piso y mezclarse con el polvo suelto del cemento, de pronto agua, agua entre las dos piernas. ¿Me hice pipí?, piensa Caro en medio de un dolor horizontal en el vientre, como una varilla de acero que hirviendo le atraviesa los intestinos. Caro abre las piernas y asoma la cabeza por debajo de la tela del vestido: un chorro de agua revienta oscuro contra el piso caliente y gris. Gabriel dónde estás, Gabriel vamos al hospital. Caro toma su celular, busca entre sus contactos y marca para encontrar sólo una grabación, Hola, soy Gabriel, deja tu mensaje y me comunico más tarde. Más tarde no Gabriel, piensa Caro con el cuello doblado hacia atrás, los ojos proyectados hacia la humedad del techo. Ven ahora que tu hijo va a nacer. Caro se endereza y su mirada barre la pantalla de la televisión, una monja quiebra un huevo que cae viscoso en un tazón lleno de harina. Y tendrán un delicioso pastel de avellanas, está diciendo la monja. Caro quiere moverse, irse del sofá, irse de su casa, ¿qué hacer? ¿llamar a los vecinos? Otra vez la varilla de acero en el vientre, ahora tiembla, vibra como una serpiente que latiga con su cola las paredes del estómago de Caro. Gabriel Gabriel Gabriel; grita ella. Y entonces tocan a la puerta.

¡Entra Gabriel!, demanda Caro con una voz tan delgada que no logra salir de su garganta. Buenas tardes, dice alguien desde afuera, y vienen dos golpecitos más contra la puerta. Mi hijo, grita Caro, resbalándose por el sofá hasta quedar sentada en el suelo, las piernas abiertas, el agua aún cayendo. ¿Señorita, está bien?, dice la voz de afuera, los ojos de Caro rebotan otra vez en

la pantalla, la monja tritura avellanas con una cuchara de metal y sonríe con todo el rostro, las pupilas aplastadas por el peso de los párpados rugosos. Señorita,  est a bien?  Hola?, repite la voz. Caro echa la cabeza hacia delante y entre sus piernas se asoma un pedazo de algo parecido a un coco seco y desmechado. Mi hijo, grita Caro, mi hijo. Señorita, es la policía, vamos a entrar por la fuerza si no nos abre en tres, dos, uno... La puerta se azota de un golpe y muestra a Duarte y Lavaza con la pistola desenvainada y apuntando al frente. Policía, dice Duarte, escaneando con la mirada la pobreza del cuarto: una mesa con mantel de plástico impreso en flores, una montaa pintada en aerosol fosforescente que cuelga enmarcada y chueca en la pared, un sof a verde pistache y una tele encendida que muestra a una monja batiendo con un cucharón una mezcla amarillenta que se arremolina en un refractario de cristal. Un grito de Ay viene del otro lado del sof a, Lavaza da un codazo a Duarte y ambos se acercan al gemido sin bajar los brazos, la mano libre redondeando la muñeca de la que sostiene el arma, tal y como les enseñaron durante sus primeros entrenamientos treinta y cinco años atrás. Señorita –Duarte baja la pistola-  Est a bien? Lavaza se agacha para quedar a la altura de Caro. Responda sí o no a mis preguntas.  Me escucha? S .  Est a herida? No. Caro respira por la boca, sopla como si tocara una flauta inexistente, trozos de cabello se emplastan en las sienes con el pegamento transparente del sudor. Mi hijo, dice Caro, acarici ndose la panza. Duarte guarda su pistola en la funda que le cuelga del cinturón, se arremanga la camisa y se acucilla junto a los otros dos. Lavaza se dirige a Caro: Está todo



bien, señorita –cruza mirada con Duarte, que toma a Caro de un brazo- nosotros le ayudamos. Caro se levanta el vestido, el coco seco y desmechado puede verse con más claridad, ahora tiene ojos y una nariz con puntitos de sebo. Lavaza con una mano echa hacia atrás el cabello de Caro que le cae sobre la frente. Puje señorita, puje. Duarte no sabe por qué pero mira su reloj, a las nueve cuarenta y siete de la mañana se escucha el primer berrido del bebé, un grito de Caro y entonces Lavaza mira aparecer un brazo con arrugas, morado, no más grande que la cuchara con la que todas las mañanas revuelve el té. Siga, señorita, dice, ya casi termina, ya casi sale. Duarte se levanta para agarrar una frazada que ha visto sobre una silla junto a la televisión. Manos cubiertas con guantes de cocina, la monja saca del horno un pan dorado y esponjoso, otro grito de Caro y el bebé termina de salir, ahora llorando a pleno. Muy bien, señorita, dice Lavaza, tomando la frazada que Duarte le ofrece y envolviendo con ella al bebé. Es un niño muy hermoso, añade, y lo acomoda entre los brazos de la madre. Caro lo besa en la frente. Hola Gabriel, le susurra a la cara rojiza y pegajosa; mira entonces a Lavaza, que se limpia las manos frotándolas contra el pantalón. Gabriel se llama el padre, dice Caro, y acaricia el cabello oscuro del bebé que no para de llorar. Sí señorita, responde Lavaza, recordando la foto del expediente, Gabriel se llama el padre.

-----

## El makech púrpura

Cuando el escarabajo comenzó a caminar en su mano, Balito sintió toda su piel entumecerse.

“El makech es animal de los dioses”, dijo don Benjamín. Alzó los brazos para peinarse los cabellos al final de la calva. Balito notó dos manchas de sudor a la altura de los sobacos, círculos amarillos sobre el lino blanco de la guayabera.

No dijo nada por temor a ofender a don Benjamín, pero el makech le daba asco. Sus patas, quebradas en la punta, parecían las de una cucaracha, y el caparazón, partido en dos como la cáscara de un cacahuate, estaba decorado con falsas piedras preciosas.

“¿Te gusta?”, dijo don Benjamín.

“Sí”, mintió Balito.

Don Benjamín guardó el makech en un estuche de plástico rosa con orificios en la tapa y se levantó de la mesa, la única con las sillas acomodadas alrededor. Tan temprano en la mañana, el restaurante aún no abría. “Hay que ir a comprar limones”, dijo clavando sus ojos color pasto en el reloj colgado de la pared. “Seis kilos por favor”.

A don Benjamín siempre le hacían falta limones. El día que lo conoció, siete meses atrás, Balito estaba sentado en la barra de una marisquería en el

Mercado Viejo de Chetumal. Pidió salsa de habanero para su coctel de camarón, y cuando la mesera le llevó, en cambio, chiles jalapeños, llegó este hombre con una panza tan temblorosa como una bolsa llena de agua. Por el pliegue de la papada asomaban anillos de mugre. El hombre apoyó las dos manos en la barra y dijo con pesado acento yucateco:

“No seas mala, Katy. Fíame una bolsa de limones y al rato te la repongo”.

La mesera desapareció por la parte trasera de la marisquería. El hombre descargó su respiración ronca y caliente cerca del cuello de Balito, pero él no se atrevió a voltear.

“Te gusta picoso, ah”, dijo el hombre al ver que Balito echó jalapeño a su coctel.

“Prefiero habanero, pero no hay”. Entonces Balito lo miró. Sus fosas nasales eran demasiado grandes, casi del mismo tamaño de sus ojos. Innumerables gotas de sudor titilaban en el área del bigote, rasurada con nitidez militar.

“¿Cómo que no tienes habanero, Katy?”, dijo el hombre cuando la mesera volvió con los limones. “Qué pecado”.

Katy respondió con un movimiento de cejas. Balito notó que en lugar de vello estaban formadas por una delgada línea de pintura azul.

El hombre se fue y Katy le dijo a Balito que se llamaba don Benjamín, dueño de un restaurante de comida yucateca a tres locales de la marisquería.

Don Benjamín volvió y asentó en la barra un platito hondo con una cuchara de madera. “La mejor salsa de habanero que vas a probar”, le dijo a Balito. “Yo la hago”.

Al salir de la marisquería Balito buscó el restaurante de don Benjamín. El local era todo de vidrio, al estilo de una pecera gigante, y daba la sensación de ser una realidad independiente, como esas esferas de cristal que encierran escenas navideñas. Desde fuera, Balito pasó un buen rato viendo a don Benjamín deslizarse entre las mesas con una pesadez de ballena antigua. El lugar estaba lleno y olía a especias. Pintado sobre la puerta, un escarabajo con el caparazón incrustado de joyas bajaba arrastrándose hacia el nombre del lugar: El makech púrpura.

Balito se levantó de la mesa para buscar la bolsa del mandado. Al pasar por la cocina vio a don Benjamín descargar contra una plancha de acero un lechón del tamaño de un niño de dos años.

“Hoy toca cochinita”, dijo don Benjamín. Cojeó hasta el otro lado de la mesa para agarrar un cuchillo colgado de la pared. La agilidad de animal marino que lo caracterizara siete meses atrás había sido suplantada por la lentitud de un problema de columna.

Balito había comenzado a trabajar en El makech púrpura poco después de conocer a don Benjamín. En su siguiente viaje a Chetumal llevó un frasco de

salsa de habanero preparada por su madre. Eran cerca de las siete de la tarde y en el restaurante sólo quedaba una mujer que tomaba cerveza y llenaba un crucigrama en el diario. En una mesa del fondo, don Benjamín dormitaba frente a una televisión.

Balito asentó el frasco en la mesa. “Usted me dirá cuál le parece mejor”.

Don Benjamín sacó de una canasta un trozo de pan y lo remojó en la salsa. Masticó en silencio.

“Usted no es de aquí”, le dijo a Balito. “O lo conocería”.

Don Benjamín no era viejo, quizá pasaba los sesenta, pero algo en su manera de hablar recordaba a un dinosaurio.

“Soy de Blanca Flor”, dijo Balito.

“Blan-ca-Flor”, repitió don Benjamín. “No tengo el gusto de conocer”.

Balito hubiera querido decirle que no se perdía de nada, que era un pueblo sin gracia a dos horas de Chetumal, pero respondió “sí” cuando don Benjamín le preguntó si Blanca Flor era lindo.

Balito entonces se vio atrapado en un diálogo en el que prácticamente sólo él habló. Le contó a don Benjamín cosas que casi nunca compartía con nadie: que su familia tenía muy poco dinero, que dos años atrás, recién cumplidos los catorce, se mudó a Cancún para trabajar de maletero en el Caribe Princess pero que tuvo que volver a Blanca Flor para cuidar a su madre enferma de los riñones. El padre de Balito era dueño de un terreno donde cultivaba naranjas, limones y maíz. Una vez al mes Balito venía a Chetumal para vender

la cosecha casa por casa. Se hospedaba con una tía y temprano por la mañana salía con su triciclo cargado de costales para regresar hacia el atardecer. Unas veces la venta era buena, otras, el triciclo volvía lleno.

Mientras Balito habló, don Benjamín sólo asintió con la cabeza cada tanto, sin que Balito supiera distinguir si el gesto era señal para seguir o callarse. La mujer del crucigrama se acercó para pedir la cuenta y don Benjamín se levantó.

“Necesito alguien que me ayude acá en el restaurante”, dijo desde la barra. “¿Sabes cocinar?”

Balito, que apenas si preparaba huevos revueltos, respondió que sí.

“Está bien”, dijo don Benjamín. Alzó la mano para despedir a la mujer. “Vas a hacer varias cosas. Limpiar. Atender a los clientes. Ir por mandados”.

Balito se quedó viendo la panza de don Benjamín. Era tan grande que chocaba contra el borde afilado de la barra.

“¿Y?”, dijo don Benjamín.

“Gracias”.

Dos semanas después, Balito ya estaba viviendo en casa de su tía y trabajando en El makech púrpura con horario de siete de la mañana a seis de la tarde.

Camino a la verdulería Balito aún sintió el efecto adormecedor que el makech había dejado en su mano. Era la primera vez que lo tocaba, pero no la primera vez que lo veía. A don Benjamín le gustaba colgárselo en la guayabera a la

altura del pecho. “El makech se pone siempre del lado del corazón”, solía decir. Al parecer, la principal actividad comercial de su pueblo natal en Yucatán era cazar escarabajos, adornarlos, pegarles una cadena y venderlos como prendedores vivientes. A Balito la sola idea le parecía tenebrosa. Se frotó la mano para deshacerse de esa especie de cosquilla electrificada, parecida a la que una vez sintió al despertar después de haber dormido con todo el peso sobre un brazo.

Siete papas medianas. Cilantro. Cinco cebollas. Axiote. Al cruzar las calles del centro Balito no dejó de repetirse los encargos que don Benjamín le hizo a última hora. Trataba siempre de memorizar los pedidos de los clientes en El makech púrpura, y hacía lo mismo cada que don Benjamín lo mandaba a la compra. Cuando iba en segundo de primaria Balito ganó un concurso de ortografía y como premio las maestras lo llevaron junto con otros niños a un restaurante en Laguna Milagros. Se acomodaron todos en una mesa larga bajo la sombra de una palapa, y a Balito le impresionó no sólo que el mesero tomara la orden sin anotar nada, sino que tampoco se equivocara al traer los platos y bebidas de tantas personas.

Cuando Balito regresó del mercado, encontró el restaurante abierto. En una mesa cerca de la barra, la primera clienta picoteaba totopos con salsa.

Balito entró a la cocina y puso junto al lavaplatos la bolsa del mandado. El asa había dejado una marca roja y caliente en su mano.

Don Benjamín le alcanzó un plato con tres tacos de queso relleno y señaló a la mujer con la mirada. “Llévale esto”, ordenó.

Balito entregó los tacos a la mujer y preguntó “¿Gusta un jugo de naranja?”

Ella lo miró como si no hubiera entendido la pregunta. “Mira, hijo, lo único que combina bien con el queso relleno es una cerveza bien fría”.

Balito no supo qué responder. Recordó que su madre una vez le dijo a su padre que si tomaba cerveza antes del medio día se le subiría el chamuco. Levantó la cabeza y se topó con don Benjamín, que había aparecido atrás de la barra como por arte de magia. Con la mano, don Benjamín le pidió que se acercara. Sacó de la hielera una Montejo.

“Cer-ve-za”, dijo don Benjamín. Se había colgado el makech en el bolsillo izquierdo de la guayabera. Las patas lentas del animal parecían seguir el relieve de las líneas impresas en la tela.

Sólo en el instante en que una gota helada desprendida de la cerveza le cayó en un dedo del pie, desnudo entre las tiras de la sandalia, Balito se dio cuenta de que se había quedado como hipnotizado viendo al makech. Se dio la vuelta para llevar la cerveza a la mujer y escuchó la voz de don Benjamín: “Hoy viene mi nieta”.

Ese mismo día, cuando las mesas ya comenzaban a llenarse, llegó una niña de vestido blanco y cabello rizado. Corrió a la barra y saltó a los brazos de don



Benjamín. Él intentó cargarla y gritó por el dolor que el esfuerzo le provocó en la espalda.

La niña, de nombre Juliette, pasó toda la tarde en la cocina jugando con el makech. En una de sus idas y vueltas, Balito casi pisó al escarabajo.

“¿Me lo regalas, abuelo?”, dijo Juliette al final de la tarde, cuando don Benjamín guardó al makech en el estuche de plástico.

“A tu mamá no le gusta”. Don Benjamín acarició el cabello de su nieta. “Pero aquí puedes jugar con él siempre que quieras”.

Tres semanas después don Benjamín tuvo que viajar a Mérida para un chequeo de la columna, y Balito se quedó a cargo del restaurante. Le gustaba llegar al local antes del amanecer y calentar agua para Nescafé mientras pasaba un trapo por las mesas. Más tarde escuchaba un noticiero en la radio y descongelaba los tópers con los guisados preparados por don Benjamín antes de su partida.

A veces Balito extrañaba su pasado en Blanca Flor. En Chetumal estaba lejos del campo. Su piel había perdido el tono aceitunado, y cada tanto echaba en falta el olor a tortillas en medio de la madrugada oscura mientras él y su padre se alistaban para salir al terreno y su madre les preparaba el desayuno que tomarían tres horas después, sentados en una banca bajo la sombra de un naranjo. La principal tarea de Balito era cavar huecos para la estructura de un vivero. De niño, cuando veía a su padre o a sus hermanos abrir huecos en la

tierra se le figuraba una tarea fácil, pero la primera vez que le tocó cargar una pala y deshacer el suelo cayó en la cuenta de que para ello se necesitaba más fuerza de la que hubiera imaginado. La tierra se iba endureciendo gradualmente hasta convertirse en piedra. En algún momento la pala rebotaba en la superficie rígida, y el sonido del metal contra la piedra era la señal para que el padre de Balito se acercara, le ofreciera una botella con agua y le dijera “¿Por qué no nos tomamos un descanso?”

El día que don Benjamín tendría que regresar, el teléfono sonó cerca de la una de la tarde. Balito lo supo no porque hubiera visto el reloj en ese momento, sino porque el restaurante hervía de gente. Era la hora en que las combis provenientes de Carrillo Puerto llegaban al mercado, y los pasajeros aprovechaban para comer algo antes de diluirse en las diferentes calles del centro. Entre la bulla de la televisión, las risas y los cubiertos raspando los platos, Balito se hubiera perdido la llamada a no ser por un niño que lo jaló del pantalón.

“El teléfono está sonando”, dijo el niño. Le faltaban los dos dientes de conejo y el Hombre Araña de su camisa se había vuelto rosa por tanta lavada.

A través del auricular, la voz de don Benjamín le pareció a Balito menos potente que en persona.

“¿Cómo va todo por allá, hijo?”

“Bien”.

“Me tengo que quedar una semana más porque el canijo doctor quiere hacerme más estudios”.

Un grupo grande de personas entró al restaurante. Como un jugador de ajedrez que anticipa sus movidas, Balito calculó con una mirada qué mesas tendría que reacomodar para poder ubicarlos.

“¿Está bien?”, dijo don Benjamín.

“Sí”.

La siguiente noticia que Balito recibió durante la ausencia de don Benjamín no fue por teléfono. Una mañana, cuando limpiaba con hojas de periódico los ventanales del restaurante aún cerrado, la mesera de la marisquería le hizo señas desde fuera.

Balito abrió la puerta. La mujer no entró.

“La nieta de don Benjamín falleció”, dijo ella.

Balito recordó la tarde en que su padre llegó a la casa y él lo recibió gritando “La tía Norma se murió”. Su madre lo regañó no sólo por su brusquedad, sino por decir “se murió” en lugar de “falleció”.

Se frotó las sienes. La tinta del periódico quedó impresa en su piel con la forma de sus dedos.

“La atropellaron”, dijo la mujer.

Balito permaneció callado.

“Don Benjamín ya sabe”, dijo la mujer, como si adivinara una pregunta que Balito no se atreviera a hacer. “Pero no puede venir al entierro mañana”.

La mujer le ofreció a Balito tomarse el día, pero él prefirió abrir el negocio. Hubo pocos clientes y Balito tuvo tiempo de recorrer el restaurante imaginando que era don Benjamín. Descubrió, a través de ciertos detalles, cómo el lugar estaba moldeado según sus necesidades. La silla de la caja registradora tenía en el respaldo un acolchado especial para mitigar las molestias de la columna. En una tabla inferior del mostrador había una hilera de geles antibacteriales, reflejo de la hipocondría de don Benjamín, que al cobrar debía tocar las manos de sus clientes. Junto al reloj de manecillas en la pared había otro digital con los números grandes y luminosos para volver la tarea más fácil a su creciente glaucoma. A un lado de la caja registradora, la madera de la barra tenía la marca circular de la taza en la que don Benjamín tomaba el café todas las mañanas.

En medio de su contemplación, Balito escuchó un crujido como el de una hoja seca que se quiebra. Al fondo de la tabla bajo la barra, cerca de la hilera de antibacteriales, vio el estuche de plástico rosado. Don Benjamín, pensó Balito, se había olvidado de pedirle que alimentara al makech durante su ausencia. Abrió el estuche, esperando encontrarlo muerto o moribundo, pero nada en el escarabajo parecía indicar mala salud.

Quizá se debió a que no lo hubiera visto en varios días, pero Balito encontró al makech más viejo. Las piedras casi no brillaban, y el caparazón parecía fundirse con un trozo de madera que estaba también en la caja.

“Cómo crees que se me va a olvidar”, dijo don Benjamín días más tarde cuando, después de cerrar el restaurante, él y Balito tomaban horchata en una mesa del fondo. Había vuelto de Mérida con un bastón de base trípode. Las bifurcaciones le recordaban a Balito las patas del makech.

“Con un pedazo de madera ellos pueden vivir años”, dijo don Benjamín.

Aparte de las termitas, Balito nunca había escuchado de ningún animal que se alimentara de madera.

Don Benjamín sacó al makech de la caja y sonrió. Con los ojos aparentaba ver al escarabajo, pero Balito sintió que en realidad don Bejamín estaba viendo otra cosa interna, secreta.

“Necesito que me ayudes con algo, Balito”. Era la primera vez que don Benjamín lo llamaba por su nombre. “Yo lo haría solo, pero no puedo por mi columna”. Rodeó con una mano la empuñadura de su bastón y el makech comenzó a arrastrarse por esa torre de acero, pero no pudo llegar muy lejos porque su dueño lo tomó suavemente de la cadena.

“Quiero que Juliette tenga el makech”, dijo.

Balito miró a don Benjamín. Parecía que hablara solo o que pensara en voz alta. “Él la puede guiar a donde vaya”.

Balito imaginó a Juliette con el mismo vestido blanco del día que la conoció, sólo que ahora la vio acostada y con los ojos cerrados, el makech prendido en el lado izquierdo del pecho.

“Conozco al velador”, escuchó Balito a don Benjamín. “Con unos billetes no va a molestar”.

Don Benjamín habló más sin que Balito pusiera atención al sentido de sus palabras. Se sintió adormecido por su voz hasta que un manotazo en la mesa lo hizo reaccionar. “¿Vamos?”

Como la parte delantera de la pickup estaba llena de cubetas de maíz para el pozole de la semana, Balito viajó en la cajuela sin techo, con la brisa fresca de la noche meciéndole el cabello y los pensamientos.

Balito no había estado nunca en un cementerio. Su tío Marcelo, hermano de su madre, trabajó algunos años como velador en el cementerio de Carrillo Puerto, y cada que iba a Blanca Flor les contaba a él y a sus primos historias de lo que ahí veía, para disgusto de la mamá de Balito, que por la noche tenía en su cuarto una bola de niños sin poder dormir.

Pero ahora Balito no sintió miedo. Estaba más preocupado por don Benjamín, cuya dificultad para moverse, aún con ayuda del bastón, lo obligaba a detenerse cada pocos pasos y tomar aire junto a algún crucifijo o una corona de flores. Caminando detrás de él, cargando una pala que había bajado de la camioneta, Balito parecía una sombra alargada de don Benjamín y su bastón.

Don Benjamín se detuvo frente a un montículo sin lápida, custodiado por dos ángeles de cemento. Acurrucada en el ala de uno de ellos, una paloma murmuró algo al ver llegar a los dos hombres.

“Es aquí”, dijo don Benjamín, y se dejó caer junto al montículo. Sacó del bolsillo de su pantalón el estuche rosa. Lo abrió. El makech asomó la cabeza y las patas delanteras, como si quisiera inspeccionar el nuevo lugar antes de salir por completo.

“Empieza, hijo”, dijo don Benjamín, pasándose un pañuelo por el cuello sudoroso.

El primer golpe de la pala contra el suelo hizo huir a la paloma con un aleteo seco. Mientras cavaba, Balito sintió vibrar los músculos de su espalda, igual que cuando trabajaba en Blanca Flor. Recordó la sensación de irse hacia atrás con el peso de su propio cuerpo, como si estuviera recurriendo a una energía guardada durante años. No supo cuánto tiempo pasó ni se dio cuenta de que sus brazos temblaban por el esfuerzo hasta que el sonido de la pala chocando contra la madera del ataúd lo trajo de vuelta al presente. Entonces escuchó la voz de don Benjamín.

“¿Por qué no nos tomamos un descanso?”

Balito se acuclilló a un lado de don Benjamín, cuya silueta, enturbiada por la penumbra, parecía la de un árbol frondoso.

El makech se arrastró por el muslo de don Benjamín hasta tocar con sus patas el suelo abierto, y comenzó su descenso entre los poros sueltos de la tierra.

-----



## Bibliografía

### Cuentos y novelas

Boyle, T.C. "Balto". *The Best American Short Stories*. Ed. Stephen King. New York: Houghton Mifflin Books, 2007.

Capote, Truman. *Complete Short Stories*. New York: Vintage, 2005.

\_\_\_\_\_ *In Cold Blood*. New York: Vintage, 2012.

Erdirch, Louis. *LaRose*. New York: Harper Collins, 2016.

Hernández, Felisberto. *Obras completas*. México: Siglo XXI, 2011.

Highsmith, Patricia. *The Talented Mr. Ripley*. New York: Norton, 1995.

Ibargüengoitia, Jorge. *Las muertas*. México: Joaquín Mortiz, 2009.

Kafka, Franz. *Diarios*. Trad. Joan Parra. Buenos Aires: Debolsillo, 2015.

King, Stephen. *Night Shift*. New York: Anchor Books, 1978.

Munro, Alice. "Dimension". *The Best American Short Stories*. Ed. Stephen King. New York: Houghton Mifflin Books, 2007.

O'Connor, Flannery. *The Complete Stories*. New York: The Noonday Press, 1998.

Olen Butler, Robert. *Tabloid Dreams*. New York: Henry Holt and Company, 1996.

Ramírez, Sergio. *El reino animal*. Madrid: Algafuara, 2006.

\_\_\_\_\_ *Flores Oscuras*. México: Alfaguara, 2013.

Truffaut, François. *El cine según Hitchcock*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 2009.

Wolff, Tobias. *The Night in Question*. New York: Vintage, 1996.

## Teoría

Álvaro, Daniel. "La violencia de la relación". *La pregunta por la violencia*. Comp. Ana Belén Blanco. Buenos Aires: CLACSO, 2017.

Baxter, Charles. "Rhyming Action". *Burning Down the House. Essays on Fiction*. USA: Graywolf Press, 2008.

Besant, Walter, Henry James y Robert Louis Stevenson. *El arte de la ficción*. Trad. Juan José Utrilla. México: UNAM, 2004.

Foucault Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: FCE, 2001.

King, Stephen. *On Writing. A Memoir of the Craft*. New York: Scribner, 2010.

O'Connor, Flannery. *Mistery and Manners. Occasional Prose*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1970.

Scott Bell, James. *Conflict & Suspense*. USA: Writer's Digest Books, 2011.

Vargas Llosa, Mario. *La orgía perpetua: "Flaubert y Madame Bovary"*. Barcelona: Taurus, 1975.

## Diarios

*La Prensa*, México.

*Crónica*, Argentina.

*La Policiaca*, México.

*Ojo*, Perú.

## Otros

Metinides, Enrique. *101 Tragedies of Enrique Metinides*. Ed. Trisha Ziff. New York: Apperture Foundation, 2012.

*Borgman*. Dir. Alex Van Warmerdam. Cinéart, 2013. DVD.

*Following*. Dir. Christopher Nolan. Syncopy Films, 1998. DVD.

*Lyla Fourie*. Dir. Pia Marais. The Match Factory, 2013. MUBI.

## Vita

Daniela Armijo nació en Cananea en 1985 y se crió en Chetumal, Quintana Roo. Estudió Ciencias Humanas en la Universidad Iberoamericana Puebla; se tituló con un trabajo sobre los niveles de realidad en los cuentos de Julio Cortázar. En 2010 se mudó a Buenos Aires, donde vivió cinco años. Ahí realizó estudios de cine y trabajó como redactora publicitaria. Sus textos han sido publicados en Baquiana, Revista Replicante y Río Grande Review. Ha sido profesora de distintos cursos de literatura a nivel universitario.

Contacto: [dionisios9@gmail.com](mailto:dionisios9@gmail.com)

Esta tesis fue escrita y mecanografiada por: Daniela González Armijo